

J. Cordero
C. Ruiz
Madariaga
Directores

★ SEMBLANZAS VETERINARIAS ★

II

SEMBLANZAS VETERINARIAS



SEMBLANZAS VETERINARIAS

Volumen II



Prof. Dr. M. Cordero del Campillo

Dr. C. Ruiz Martínez

Dr. B. Madariaga de la Campa

Co-Directores



Consejo General de Colegios Veterinarios

MADRID (España) 1978

COLABORAN EN ESTE VOLUMEN

CARLOS RUIZ MARTINEZ

Ex Presidente de la Oficina Internacional de Epizootias. Caracas (Venezuela).

LUIS BASCUÑAN HERRERA

Licenciado en Veterinaria. León.

CESAREO SANZ EGAÑA (†)

Veterinario del Cuerpo Nacional. Historiador de la Veterinaria española.

JUAN ROF CODINA (†)

Veterinario del Cuerpo Nacional.

MIGUEL CORDERO DEL CAMPILLO

Catedrático de la Facultad de Veterinaria y del Cuerpo Nacional Veterinario. León.

FRANCISCO A. ROJO VAZQUEZ

Profesor Agregado de Parasitología de la Facultad de Farmacia. Salamanca.

LAUREANO SAIZ MORENO

Veterinario del Cuerpo Nacional.

FELIX CARRETERO ORRASCO

Veterinario Titular.

PEDRO IGLESIAS HERNANDEZ

Veterinario del Cuerpo Nacional. Ministerio de Agricultura. Madrid.

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

Veterinario. Delegación Provincial del Ministerio de Agricultura. Santander.

LUIS ZUBIAUR MEDINA

Copyright: M. Cordero del Campillo.
C. Ruiz Martínez.
B. Madariaga de la Campa
Consejo General de Colegios de Veterinarios de España.

Esta obra puede ser reproducida libremente, rogándose la cita correspondiente.

COLABORAN EN ESTE VOLUMEN

CARLOS RUIZ MARTINEZ

Ex Presidente de la Oficina Internacional de Epizootias. Caracas (Venezuela).

LUIS BASCUÑAN HERRERA

Licenciado en Veterinaria. León.

CESAREO SANZ EGAÑA (†)

Veterinario del Cuerpo Nacional. Historiador de la Veterinaria española.

JUAN ROF CODINA (†)

Veterinario del Cuerpo Nacional.

MIGUEL CORDERO DEL CAMPILLO

Catedrático de la Facultad de Veterinaria y del Cuerpo Nacional Veterinario. León.

FRANCISCO A. ROJO VAZQUEZ

Profesor Agregado de Parasitología de la Facultad de Farmacia. Salamanca.

LAUREANO SAIZ MORENO

Veterinario del Cuerpo Nacional.

FELIX CARRETERO ORRASCO

Veterinario Titular.

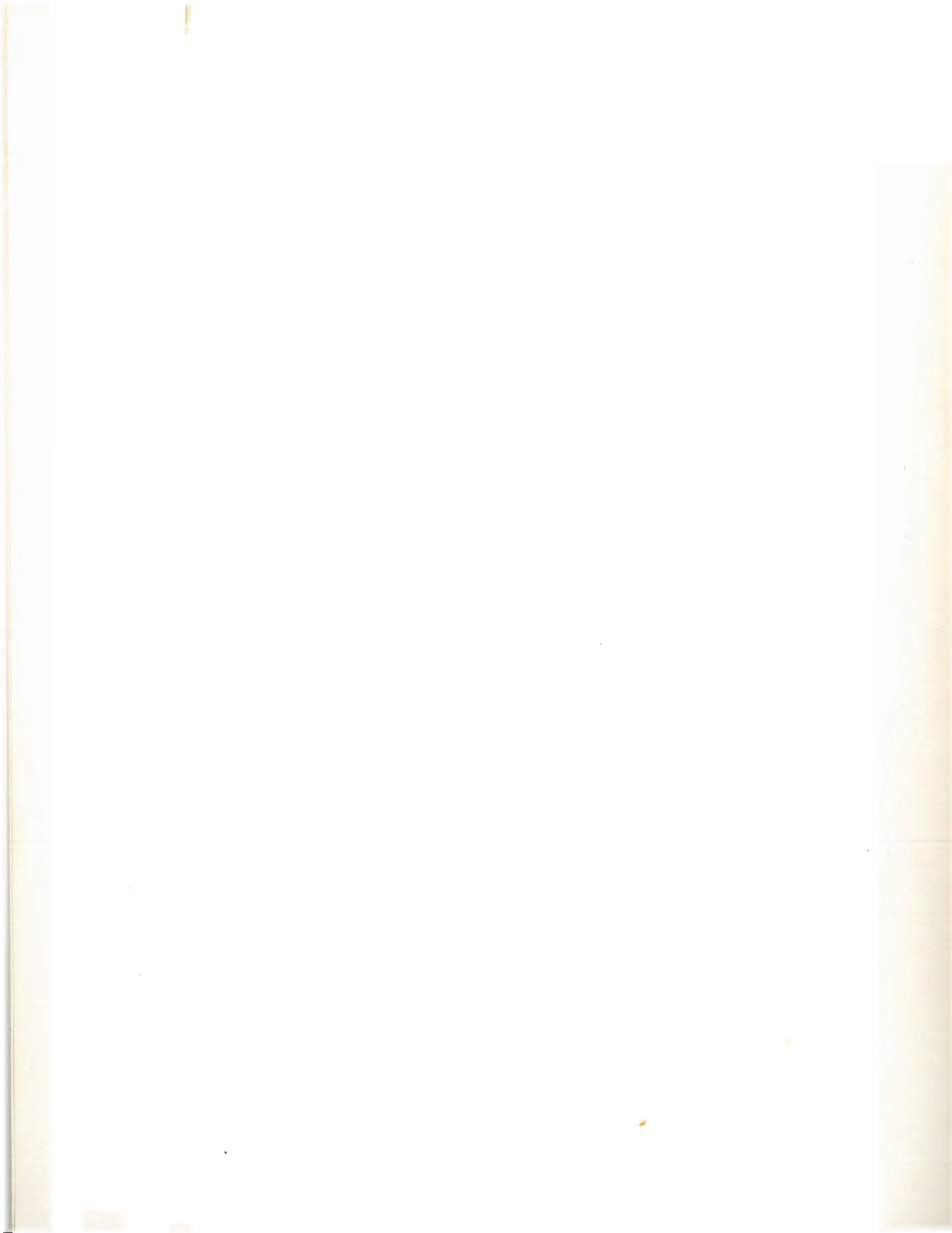
PEDRO IGLESIAS HERNANDEZ

Veterinario del Cuerpo Nacional. Ministerio de Agricultura. Madrid.

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

Veterinario. Delegación Provincial del Ministerio de Agricultura. Santander.

LUIS ZUBIAUR MEDINA



PROLOGO

Hace algunos años, una tarde del estío santanderino, concerté una entrevista con mi gran amigo Carlos Ruiz Martínez en su casa de Santa María de Cayón, en la provincia de Santander. En la habitación de su despacho, desde la que se adivinaba la campiña, discutimos un proyecto que, desde tiempo atrás, venía preocupándome. Se trataba de la idea de llevar a cabo un libro que, en forma de semblanzas, recogiera las figuras más prestigiosas de la Veterinaria española. En una carpeta llevé para su consulta múltiples revistas y copias de trabajos de esta índole, que habían aparecido en boletines y periódicos profesionales.

Carlos Ruiz repasó todo aquel material y sugirió algunos nombres que debían figurar en la galería de celebridades veterinarias. Pero esta tarea requería la colaboración de algunos colegas nuestros destacados en el campo de la literatura profesional. Convinimos que este libro podía muy bien constituir una continuación de la obra de Cesáreo Sanz Egaña sobre la Historia de la Veterinaria española. El libro de nuestro primer historiador, libro clásico en nuestro contexto profesional, concluía—yo diría que bruscamente—en el pasado inmediato sin estudiar la época contemporánea, precisamente la más y mejor conocida por el autor. La explicación estaba por lo visto en la autocensura a que se sometió Sanz Egaña al comprender que, por razones del momento político, no podía referirse libre y objetivamente a la formidable y gigantesca tarea de Félix Gordón Ordás, creador de la Dirección General de Ganadería y figura más destacada de su etapa histórica. Con muy buen sentido decidió entonces no abordar el tema. Quedaban, pues, desdibujadas, ya que no perdidas, las realizaciones de muchos veterinarios españoles cuyo recuerdo y el estudio de su obra eran necesarios para conocer el devenir histórico de una de las profesiones más antiguas, imprescindible, por su significado económico y sanitario, en el desarrollo del país.

Planteado así el problema, se precisaba un director de la obra, tarea importante, ya que quedaba a sus expensas dirigirse a los futuros colaboradores, sugerir y seleccionar las personas de los biografiados y buscar la empresa o compañía editora. Después de rapasar múltiples nombres, elegimos uno que por su talento, prestigio profesional y conocimiento del tema podía dirigir la obra. La persona seleccionada era el profesor Miguel Cordero del Campillo, decano entonces de la Facultad de Veterinaria de León. En honor a la justicia tengo que reconocer que nuestro común amigo realizó con el mayor celo y entusiasmo esta tarea que comenzó por la elección de colaboradores. De esta manera formaron parte del índice de autores destacados veterinarios como Vicente Serrano Tomé, entre otros, bien conocido por sus escritos de historia profesional; Francisco Galindo García, estudioso de la obra de Jovellanos y publicista veterinario; Francisco Lleonart, experto conocedor de la historia de la Veterinaria catalana; J. A. Romagosa, prestigioso profesional interesado por la figura del catalán Ramón Turró; Julio Rodríguez Angulo, veterinario conocedor de la época de anteguerra y de sus principales figuras veterinarias; Abad Boyra, biógrafo de su maestro Martínez Baselga; Santos Ovejero, catedrático de Microbiología, amigo del gran Vidal Munné; Rubio Paredes y S. V. de la Torre, así como otros veterinarios, autores de semblanzas en revistas y que fueron incorporadas al libro: Sanz Egaña, Castejón y Martínez de Arizala, P. Moyano, etc.

En este primer tomo de Semblanzas Veterinarias no podía faltar, por supuesto, la de Félix Gordón Ordás, que vivía entonces en el exilio en México y acogió la idea de esta obra con una emoción y ternura que transmitió a todos sus corresponsales españoles. Pero ¿quién acometería la difícil empresa de sintetizar en una semblanza toda la ingente y variada labor de este veterinario? La persona más indicada, por su amistad y relación con el biografiado, era Carlos Ruiz Martínez, pero deferió la honra que ello suponía por estimar que debía hacerla un leonés. De esta manera recayó sobre Miguel Cordero una nueva responsabilidad, que supo llevar a cabo con el acierto y la objetividad que le caracterizan, por más que ello le ocasionaría, con el tiempo, más de un quebradero de cabeza.

Las semblanzas venían a suponer una especie de síntesis biográficas en las que los veterinarios españoles podían encontrar desde los datos personales y la semblanza literaria, hasta la época, el catálogo

de sus obras y la bibliografía dedicada al personaje. Y así salió el primer volumen gracias a la generosidad de los Laboratorios SYVA, de León, que patrocinaron su edición, y gracias también al desinteresado trabajo de un equipo de veterinarios españoles.

El éxito que obtuvo la obra y, sobre todo, su significado en el índice bibliográfico profesional animó a los organizadores a completar esta antología de veterinarios célebres con un posterior volumen.

Y he aquí un segundo libro—no menos importante que el primero—que sale a la luz pública en idénticas condiciones que el anterior, si bien es preciso destacar la confianza y colaboración prestada, esta vez, por el Consejo General de Colegios Veterinarios de España, patrocinador y editor de la obra, que habrá de distribuirse a todos los Colegios veterinarios del país. Es obligado entonces que, en la mención de agradecimientos, hagamos referencia al Presidente del Consejo, Frumencio Sánchez Hernando, y a su equipo colaborador, quienes acogieron desde el principio, con el mayor entusiasmo, la idea de dar a conocer este libro que abarca una parcela de la intrahistoria profesional. El profesor Carlos Luis de Cuenca corrió con la penosa tarea de la corrección de pruebas y de la puesta a punto de los últimos detalles.

Me permito subrayar el acierto de esta decisión que supone la aparición de un libro que completa un aspecto importante de la historia de la Veterinaria española. Tal vez seamos una de las pocas profesiones que no ha incluido en sus planes de estudio la asignatura de «Historia de la Veterinaria», obligatoria en las carreras sanitarias afines a la nuestra y en las Escuelas y Facultades Veterinarias de otros países, aunque en Venezuela—me dice Ruiz Martínez—figura en el pensum la «Historia de la Veterinaria».

El conocimiento de nuestra historia es la prueba de nuestra noble genealogía. La investigación del pasado, de sus hombres, de la obra e incluso de su ideario habrá de ayudarnos en los pasos que nos conduzcan hacia un futuro más prometedor. Y, en contra de lo que algunos suponen, no tenemos precisamente un pasado ni modesto ni borroso, por más que en ciertos momentos históricos la profesión se haya visto nublada por unas etapas de penosa y lenta evolución, parecidas, según está comprobado, al recorrido por la Veterinaria de otros países europeos. De ellas quedó la imagen de un veterinario vetusto y artesano, con más conocimientos de herrado que de ciencia médica; un veterinario cuya aportación al patrimonio económico del país era entonces mínima. Pero en las páginas amarillentas de los viejos tratados de albeitería quedaba la oculta historia de unos hombres cuyos libros de medicina animal guardaban técnicas y observaciones que los emparejaban con sus colegas europeos. Y éste es el valor de la historia profesional como contribución a la ciencia: lo que tiene de precedente, de intuición, de experiencia y también de reconocimiento de errores. No sería posible el progreso científico sin tener en cuenta la contribución del pasado. Hoy nos asombra la alta calificación que ofrecen algunos de estos tratados de albeitería por su correcta observación sintomatológica, avance en las técnicas quirúrgicas y del herrado, contando, por supuesto, con las consiguientes limitaciones de la época. Sorprende pensar, por ejemplo, cómo no fue posible primero el conocimiento de la circulación de la sangre que Francisco de la Reyna atisba en su obra. Lo mismo podemos decir de su original acierto en la nomenclatura de las capas del caballo, aportación silenciada en los tratados españoles de equitación e incluso por los mismos veterinarios. Pero junto al dominio y avance paulatino de una ciencia, parejo en muchos casos al de la medicina humana, hay que considerar también el perfil humano de estos profesionales, sus inquietudes y carácter, así como las pugnas y amistades que el biógrafo descubre, en ocasiones, a través de los epistolarios. Pero también está el retrato, que nos introduce en la personalidad psíquica y física del biografado. Sin ello habríamos quitado una parte esencial de la biografía, lo que tiene de estudio psicológico e interpretativo, siempre que no falte a la veracidad de los hechos. Por eso estas semblanzas no son literatura, sino historia. Nadie mejor que un veterinario para estudiar e interpretar a un colega suyo. De la unión de la persona y de su obra nacen las biografías, que en este caso son pinceladas de retrato, semblanzas, ya que, como decía mi admirada amiga, la escritora Carmen Bravo-Villasante, la biografía en literatura es equivalente al retrato en pintura. Y es que a nosotros, a los veterinarios, nos interesa mucho conocer esta genealogía profesional y reivindicar a nuestros hombres. Pero para ello hay que estudiar a fondo su obra, y para interpretar su personalidad no hay otro remedio que meterse en sus zapatos. Nin-

guno de los autores de estas semblanzas hubiéramos elegido al personaje si no existiera una atracción efectiva o, hablando con mayor propiedad, una afinidad electiva hacia el personaje.

El escritor, el biógrafo en este caso, no sabe qué admirar más en algunos personajes, si al hombre o a su obra. Y así ocurre, por ejemplo, con la recia personalidad de Rafael Pérez del Alamo o de Félix Gordón Ordás. Pero en otros nos subyuga su paciente laboriosidad en el ambiente callado de los laboratorios o en la tribuna de la cátedra, como sucedió con Abelardo Gallego, Cayetano López o Ramón Turró.

Se equivocan los que creen que estos libros de nuestra historia son puro novelizing sin aplicación práctica; se equivocan también los que, como decía Lochmann al referirse a la medicina veterinaria alemana, se preguntan ¿por qué una historia de la Veterinaria? Es posible que si hubiéramos tenido cátedras de esta asignatura, si hubiéramos desenterrado a los hombres que nos precedieron, si hubiéramos escuchado el mensaje de su espíritu, no se hubieran cometido los errores profesionales que hoy nos abruman. Estos personajes constituyen nuestra propaganda, nuestro orgullo, en la mejor hermandad con los profesionales de las ciencias afines, biológicas y fisicoquímicas. Y os puedo asegurar que estas otras profesiones quieren y necesitan conocernos. ¿Para qué sirve que hayamos tenido un veterinario como Juan Morcillo Olalla, si ello no supone reconocer su valiosa contribución a la bromatología animal, en la que se adelantó a los franceses y alemanes? Ojalá tuviéramos, como ocurre en otros países, veterinarios escritores y políticos que, si no hacen ciencia, contribuyen no poco al prestigio y popularidad de una profesión. La historia inédita no nos conviene, ni tampoco nuestra humildad franciscana que encarna el veterinario rural, ese Quijote de la campaña que durante tantos años ha trabajado sin que la administración ni la sociedad le hayan reconocido su esforzada contribución al fomento pecuario. Y eso ni está bien ni nos favorece, porque cada paso de ahora supone un hecho que mañana será historia. Nosotros estamos también haciendo historia, pero tenemos que tener cuidado—y esto que no lo olviden nuestros directivos profesionales—de que el capítulo que escribimos no resulte anodino. La Veterinaria de nuestros días ha adelantado mucho en el campo científico y pedagógico, pero no me atrevería a decir que la ha acompañado el mismo éxito en el profesional. Si leemos los retratos literarios del veterinario en el siglo pasado y de hasta hace bien poco, apreciaremos que, sociológicamente hablando, hemos estado mal identificados y, económicamente, tampoco nos ha acompañado el éxito, ya que los animales, hasta que apareció la industria pecuaria y la revolución agrícola, no supusieron riqueza para la mayoría. De aquí que la figura del veterinario no haya sido ajena a los movimientos sociopolíticos de todo momento.

Esta es, pues, la lección de Nuestra Historia, que nos permitirá adelantarnos y comparar unos momentos sugestivos que pertenecen al espíritu del pasado y donde está el código genético—valga la palabra—de nuestras posibilidades. Y somos todos nosotros, queridos colegas, los que tenemos la palabra. Que este libro sea un estímulo a nuestro quehacer profesional, a nuestra unión en fraternal compañerismo y al desarrollo y prosperidad de los hombres y de las tierras de España.

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

Santander, junio 1977.

José Farreras Sampera (1880-1914)

POR BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA



La vinculación de la familia Farreras a la profesión veterinaria, vinculación ligada a «una larguísima genealogía de veterinarios y albéitares», bien merece por derecho propio su inclusión en esta galería de profesionales célebres. Y es que pocas veces se ha dado el caso entre nosotros de una familia en la que una gran parte de sus miembros hayan destacado por su entrega y dedicación científica al estilo de los hermanos Farreras. Al frente de la *Revista Veterinaria de España*, cuyo director era Ramón Turró, figuraba como redactor responsable el joven José Farreras, veterinario municipal de Barcelona. Su hermano mayor Pedro fue médico militar y veterinario, traductor de la obra de Hutyra y Marek, que apareció por primera vez en español en fascículos. Luego es-

taba Francisco Farreras, abogado y administrador de la revista y también sumamente relacionado con la profesión por sus escritos de jurisprudencia veterinaria.

José Farreras había nacido el 16 de septiembre de 1880 en el pueblo de Masnou, cercano a Barcelona. Son los años en que hacen impacto en el mundo los descubrimientos en el campo de la bacteriología y de la inmunidad, que bien pronto son incorporados, ya por sus fundadores, a la medicina veterinaria. Una tradición familiar le inclina a estudiar veterinaria en la Escuela de Zaragoza, en la que ingresó a los dieciséis años, en 1896, para terminar graduándose en 1901. Su expediente fue en verdad destacado, ya que terminó con la nota de sobresaliente y después, en reñida oposición, obtuvo el premio extraordinario.

Era José, según nos ilustra su compañero Antonio Darder, un muchacho alto y robusto, a cuyas facultades físicas, muy necesarias en su profesión, se unía una despierta inteligencia, un dominio de los idiomas y una constante afición a la lectura (1).

Terminados sus estudios, creyó oportuno, siguiendo el consejo paterno, ejercer la profesión en su pueblo, que regentaba su padre como veterinario de primera clase. Una vez adiestrado por su padre en el ejercicio de la clínica, para abrirse paso con entera independencia de la protección paterna, se ocupó de la inspección de carnes en los pueblos colindantes hasta que en 1906, al quedar la plaza de Masnou vacante por fallecimiento del titular, pasó José a ocupar el puesto de su padre. No pasaron desapercibidas para Farreras las enormes dificultades con que se enfrentaba entonces el veterinario rural, sometido la mayoría de las veces a los caciques locales, a las penurias de unos ingresos limitados y, lo que era peor, carente de la consideración social debida. Lo uno era consecuencia de lo otro. Era preciso, pues, elevar el nivel cultural y económico de la profesión veterinaria. De aquí nació en 1906 la revista *Pasteur*, que después modificó su nombre por el de *Revista Veterinaria de España*, que en 1908 recibió una

medalla de oro en la exposición hispano francesa de este año. La revista, que dirigía Turró, contaba con un cuadro de redacción notable formado por J. Arderius, Rof Codina, Sanz Egaña, J. Barceló y la familia Farreras. En sus páginas escribieron los veterinarios más prestigiosos de su época, como Gallego, Castejón, Ramón Pérez Baselga, Leandro Cervera, Cayetano López, etc.

En su deseo de residir en Barcelona y de promocionarse, Farreras opositó en 1909 a las plazas de veterinario municipal del Ayuntamiento de Barcelona y en dura competencia con el resto de los opositores logró la primera plaza de las dos salidas a concurso oposición. Junto a su nueva ocupación de inspector de higiene bromatológica, una romántica simpatía le inclina a continuar con el ejercicio de la clínica, en la que había ganado merecida fama por su ojo clínico, que le hizo confesar al maestro Darder que «para él ni la Patología ni la Terapéutica tuvieron secretos». En su afán de ser un veterinario completo en el ejercicio de la terapéutica y de la sanidad, aceptó el cargo de veterinario de las caballerizas de la Guardia montada municipal, y la sociedad de seguros pecuarios «La Unión Catalana» le nombró perito. Debido a esta circunstancia, José Farreras fue compañero de trabajo en la clínica de esta sociedad del veterinario Antonio Darder, que nos dejó, con motivo de su fallecimiento, un retrato perfecto de los valores humanos y profesionales de este veterinario, al que la epidemia que sufrió Barcelona en 1914 malogró en temprana edad. «José Farreras era un veterinario completísimo —dijo el 28 de marzo de 1915 en el Colegio Oficial de veterinarios de Barcelona—, lo conocía todo; jamás podía cogérsele por sorpresa. Durante los años que le tuve a mi lado en la clínica de la «Unión Catalana» pude convencerme de su criterio médico y de su ojo clínico» (2).

La muerte inesperada de José Farreras a los treinta y cuatro años, cuando se esperaba más de su talento y entusiasmo profesional, constituyó una desgracia irreparable para la veterinaria ca-

talana. El día 23 de noviembre tuvo lugar la conducción del cadáver en medio de un duelo, en el que estaban representadas las autoridades del pueblo de Masnou y los diferentes cuerpos de veterinarios. El joven José dejaba, aparte de sus numerosos artículos, dos obras fundamentales: *Memorándum para el diagnóstico bacteriológico de las enfermedades de los animales domésticos* e inconcluso un *Manual del veterinario inspector de mataderos, mercados y vaquerías* que se iba publicando en un periódico (3).

Su hermano Pedro, al que tanto debe la veterinaria española como traductor de las principales obras profesionales extranjeras, pasó a ocupar su puesto de redactor responsable de la revista fundada por su hermano.

Al año de cumplirse su muerte, la pluma generosa de Félix Gordón Ordás le dedicó un recuerdo en su *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria* con el título «Un aniversario triste. José Farreras Sampera». Como homenaje póstumo abrió una suscripción para adquirir «una corona en recuerdo a su trabajo y como símbolo de nuestro agradecimiento», y él mismo se ofreció a depositarla sobre su tumba en representación de la clase veterinaria. Lo que significó la corta andadura profesional de José Ferreras quedó reflejada en estas palabras escritas en aquella ocasión por Gordón Ordás: «Lo digo sin hipérbole, con la misma sinceridad que lo siento: a José Farreras le debe la Veterinaria española más de su etiqueta moderna que a todas las Escuelas juntas. Y a este hombre extraordinario, jamás contaminado por las luchas innobles del partidismo, que sufría en silencio cada vez que presenciaba una escisión, generoso y desinteresado como nadie, le hemos dejado morir sin hacerle un homenaje colectivo de gratitud y de adhesión. Es posible que él lo hubiera rehusado, porque era enemigo de la exhibición y del ruido; pero nuestro deber era el de ofrecérselo, y estando en deuda con su memoria, debemos realizar ahora ese homenaje, cuando desgraciadamente ya no lo puede rehusar» (4).

REFERENCIAS

- (1) Cfr. Noticias. Homenaje a la memoria de José Farreras en *Rev. Vet. de España*, 1915, 10 (3): 204.
- (2) *Ibidem*, pág. 204.
- (3) Véase la nota necrológica en *Revista Veterinaria de España*, núm. 12, del 1 de diciembre de 1914, páginas 713-16.
- (4) Véase la Sección de noticias «José Farreras» en la *Revista Veterinaria de España*, 1915, 9 (11-12): 754-756.

Tomás Rodríguez González (1881-1955)

Por MIGUEL CORDERO DEL CAMPILLO y
FRANCISCO A. ROJO VÁZQUEZ



I. LOS COMIENZOS

A don Tomás le nacieron—como diría Crémer— en Hecho (Huesca), un 7 de marzo, lo que explica su nombre de pila. El padre, don Jacinto, mandaba allí el puesto de Carabineros, aunque tanto él como su esposa, Angela, eran salmantinos, y, tan pronto como les fue posible, regresaron a sus tierras del Tormes, con destino en la frontera de Fuentes de Oñoro. El matrimonio tuvo otros dos varones y una niña.

Después de concluidos los estudios primarios, el padre decide enviar a Tomás al seminario, para seguir la vida sacerdotal. De entonces conservó nuestro personaje un regusto por la cultura clásica, reforzado por sólidos conocimientos del latín. Allí conoció también a uno de sus mejores amigos,

don Clodoaldo Velasco, que, andando el tiempo, sería magistral de la S. I. Catedral de León, y se vincularía a la Veterinaria en calidad de profesor de formación religiosa de la Facultad de León, aparte de ser tío del futuro decano de la misma, don José Luis Sotillo Ramos. Pero la vida eclesiástica no le atrajo suficientemente y, tras unos años de seminario, abandonó los trajes talares y los paseos festivos por las riberas del Tormes—en fila de dos en fondo, con otros jovencuelos a quienes la vida eclesiástica redimía de la ignorancia y de un vegetar sin horizontes—para regresar al hogar familiar.

Don Jacinto, que se había retirado del Cuerpo de Carabineros, se estableció comercialmente en Alamedilla, donde mantuvo un comercio, del tipo arca de Noé, como tantos rurales de aquellas fechas. Aunque Tomás ayudaba a su padre en la gestión del negocio, trabó conocimiento y relación asidua con el veterinario, sin duda uno de los primeros que le encaminó hacia nuestra profesión. Los años han pasado rápidos y el joven Tomás ha de cumplir sus deberes militares. Quiere librarle su padre, pagando la cuota correspondiente, pero Tomás desea cambiar de ambiente y se incorpora con el reemplazo de 1901 al Regimiento de Infantería de Burgos número 36, que guarnece la ciudad de León. Es el día 4 de febrero de 1902. Pocos meses después se presenta a cabo, recibiendo su nombramiento (un precioso certificado, con las armas de España) el 31 de julio del mismo año, en que se le adscribe a la Primera Compañía del primer Batallón. El 16 de octubre de 1904 sería ascendido a sargento. Entre el Cuartel del Cid, antiguo convento, actualmente transformado en jardín de regusto romano, y el llamado de «la Fábrica»—en recuerdo de la que allí instalaron (calle de la Rúa) los reyes don Fernando VI y su esposa doña Bárbara de Braganza, sobre el solar que ocupó el palacio de don Enrique II de Trastámara—, discurrieron los años juveniles de Tomás. El cuartel—entonces como ahora—imponía largos

períodos de presencia inactiva que Tomás, nada aficionado al juego ni a la bebida, dedica a su formación. Allí prepara su ingreso en la Escuela Especial de Veterinaria de León, recortando sus horas de descanso y asueto. Tenía vocación de ingeniero y nos han quedado dibujos demostrativos de sus aptitudes para el proyecto, como también



anécdotas de su afición a la relojería, pero no podía seguir sus inclinaciones en León. Como Gordón, que deseaba ser abogado y fue veterinario, don Tomás no siguió una vocación definida, pero se sintió pronto atraído por la profesión y la sirvió con entusiasmo y honradez.

Por aquella época, para ingresar en las Escuelas de Veterinaria, «con arreglo al artículo del Reglamento de exámenes y grados de 10 de mayo de 1901», como reza uno de los documentos de su expediente, se debía cursar en el Instituto General y Técnico un grupo de asignaturas que garantizaban un nivel cultural adecuado y que, comparando con los planes actuales, equivalían, más o menos, al bachiller elemental (cuatro años, antes de la reforma Villar Palasí). El soldado T. Rodríguez se examina con éxito y obtiene las siguientes calificaciones: Lengua castellana y Gramática, notable; Geografía general y de Europa, premio (Matrícula de Honor); Nociones y ejercicios de Aritmética y Geometría, aprobado; Latín 1.º, premio; Francés 1.º, notable; Latín 2.º, notable; Geografía especial de España, premio; Álgebra y Tri-

gonometría, aprobado; Francés 2.º, notable. Había cursado estas disciplinas como alumno libre y las aprobó en la convocatoria de junio de 1902, a los pocos meses de incorporado al servicio militar (1).

Con este certificado de estudios medios se presenta a examen en la Escuela de Veterinaria, que regía don Cecilio Garrote, siendo secretario don Joaquín González García, el anatómico, padre de don Rafael González Álvarez. El tema a desarrollar versa sobre «Gramática castellana, su etimología y división.—Gramática general y particular. En cuántas partes se divide y definición de cada una de ellas.—Objeto e importancia de la Gramática». Con buena letra, inclinada hacia la derecha, el soldado T. Rodríguez concluye el ejercicio, que firma con fecha 29 de septiembre de 1902, matriculándose acto seguido, tras recibir su papeleta de aprobado.

El plan de estudios, que vale la pena reproducir, comprende los siguientes cursos, bajo la denominación de «grupos»:

Primer grupo: Física y Química.—Historia natural.—Anatomía general y descriptiva.—Exterior de los animales domésticos.

Segundo grupo: Fisiología general y especial (comprensiva de la Mecánica animal) e Higiene.



Anatomía patológica. León, 1936.

Tercer grupo: Patología general y especial.—Terapéutica (comprensiva de la Farmacología y Arte de recetar, y Medicina legal).

Cuarto grupo: Operaciones, apósitos y vendajes. Obstetricia y Reconocimiento de animales.—Procedimientos de Herrado y Forjado.

Quinto grupo: Agricultura y Derecho veterinario. Zootecnia.—Policía sanitaria.

Tomás Rodríguez estudia oficial el primer curso, obteniendo matrícula de honor en Anatomía, disciplina que había de cultivar intensamente en el futuro. Se matricula oficial en el segundo grupo, pero, sin duda, pensando que puede hacer dos años en una convocatoria, aparte de la dificultad que supone su servicio de sargento de infantería, para asistir a las clases, renuncia a la matrícula oficial, con autorización del director de la Escuela, que es ya don Juan Morros García. No sólo aprueba ambos grupos, sino que logra sobresaliente en Fisiología, notable en Higiene, sobresaliente en Patología general y matrícula de honor en Terapéutica. También hace libre el último curso («deseando dar validez oficial en el centro de su digna dirección, a estudios que libremente tiene hechos...», dice su instancia), en el que logra sobresaliente en Agricultura, Zootecnia y Policía sanitaria. Con motivo del III Centenario de la publicación de *El Quijote*, la Escuela de Veterinaria convocó un concurso literario, en mayo de 1905, obteniendo don Tomás el premio, por el trabajo presentado bajo el lema «*Etiam si inter vocatos sunt pauci electi, tamen primum locum Cervantes obtinuit*». El 9 de junio de 1905 se examina de reválida, que aprueba con sobresaliente. Se le expide el título de veterinario con fecha 13 del mismo mes. Vive ahora en la calle del Rastro Viejo.

Concluidos sus estudios de Veterinaria, a lo largo de los cuales trabó cordial relación con Gordon Ordás, que sólo la marcha de éste a Méjico, como embajador de la República, en 1936, interrumpió, se licenció del ejército y pasó a ejercer la profesión en El Bodón (Salamanca), en las cercanías de Ciudad-Rodrigo. Allí permaneció desde septiembre de 1905 hasta el mismo mes de 1909. De sus años estudiantiles trabó relaciones con una joven leonesa, con la que contrajo matrimonio en la iglesia de San Marcelo, patrono de la ciudad de León, en 1906. Con ella vivió en el citado pueblo salmantino y allí nació Celia, su única hija.

II. EL CAMINO HACIA LA CATEDRA: De Santiago a León.

El ambiente de la Veterinaria rural es demasiado pequeño y pobre, para la preparación cultural y la laboriosidad del veterinario de El Bodón, quien obtiene por oposición la dirección del matadero municipal de León, el viejo «rastro», ya

desaparecido, situado en las cercanías de la Plaza Mayor, zona de la Puerta del Sol, extramuros de la ciudad. Por entonces monta también su herradero, que sitúa en lo que hoy es calle de Ramón y Cajal, frente al solar que ocupa el actual Instituto Nacional de Bachillerato «Juan del Enzina», donde entonces se celebraban los mercados de ganado, antes que se construyera el ya desaparecido de La Corredera.

Pero Tomás Rodríguez siente la vocación de la cátedra. El 24 de noviembre de 1909, a propuesta del claustro de la Escuela, el rector de la Universidad de Oviedo le nombra «Auxiliar gratuito e interino» (¡qué dirían los actuales PNNs!) de Técnica anatómica, permaneciendo en el desempeño del cargo hasta el 19 de enero de 1913, en que pasa al de auxiliar de Técnica Anatómica y Ejercicios de Disección, con la gratificación de 1.500 pesetas anuales, por Real Orden de dicha fecha, en virtud de oposición. Firma el nombramiento don Natalio Rivas, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. La toma de posesión tuvo lu-



gar el 1 de febrero, siendo director el ya citado don Juan Morros, y secretario, don Emilio Tejedor Pérez. Simultáneamente se le encargó de la cátedra de Anatomía, vacante por traslado a Zaragoza de don Joaquín González García, cargo que desempeñó desde el 17 de enero de 1913 al 7 de mayo de 1915.

En armonía con su orientación inicial, acude a las oposiciones a la cátedra de Anatomía de la Escuela de Veterinaria de Santiago de Compostela. Llega al final de la oposición, aprobando todos los ejercicios, pero sólo obtiene dos votos. El éxito sonrió esta vez a don Eduardo Respaldiza. Otro

gran anatómico, más tarde catedrático de la Escuela de León, don Aureliano González Villarreal, todavía tendría peor fortuna (2).

Este fracaso le orienta hacia otras vacantes. En virtud de oposición, por R. O. de 17 de abril de 1915 se le nombra catedrático de Fisiología e Higiene de la Escuela de Veterinaria de Santiago de Compostela, con el haber anual de 3.500 pesetas (3). Su traslado a Galicia le obliga a renunciar a su puesto como inspector municipal veterinario del Ayuntamiento de León, lo que realiza el 12 de mayo de 1915.

Santiago de Compostela, capital intelectual y espiritual de Galicia, con un ambiente académico abierto, en el que la Escuela de Veterinaria es acogida con simpatía, va a ser centro de una interesante experiencia para el nuevo catedrático. Con su espíritu de dignidad y trabajo, incólume a lo largo de su vida, obtiene el título de bachiller universitario en la Universidad (17-julio-1917) y aprueba el curso preparatorio común a Medicina y Farmacia, en la Facultad de Ciencias. Mantiene una firme amistad con don Abelardo Gallego, catedrático también en aquella Escuela, y apadrina a uno de sus hijos, Eduardo, futuro sucesor de su padre en la cátedra de Histología y Anatomía patológica de Madrid, tras unos años en León. Amigo también de ambos es el malogrado profesor



Nóvoa Santos, uno de los grandes médicos españoles, conocedor y valorador de la ciencia veterinaria, autor de una de las mejores obras de Patología general que hayan aparecido en lengua castellana, cuyo capítulo de tumores redactó don Abelardo Gallego. También frecuentó don Tomás el laboratorio de análisis clínicos y botica del doctor Deulofeu, situado en la calle de San Antonio,

cuyo titular pasaría ulteriormente a Barcelona. Del 10 de enero de 1918 al 6 de diciembre del mismo año, don Tomás dirigió la Escuela santiaguesa, con el apoyo de hombres como Turró, graduado en dicho centro, acabando con la anarquía que imperaba en aquella institución.

Con motivo de la protesta universitaria que protagonizó A. Gallego, en 1922, al crearse la Junta de Patronato y Comisaría de la Escuela, se abrió expediente al ilustre histólogo. Don Tomás Rodríguez, con don Moisés Calvo y don Jesús Culebras se solidarizaron con Gallego, cuyo expediente se sobreescribió. Como reparación pública de la persecución a que se había sometido a don Abelardo, se le rindió un homenaje, organizado por lo más significativo de la Universidad, con intervención de muchos de sus compañeros de claustro en la Escuela.

No todo fueron rosas en Santiago. Allí conoció a don Pedro González, posteriormente director de la Escuela de León, con quien tuvo sonadas disidencias, ya por entonces, agriadas por la disparidad de ideales políticos de ambos. Este don Pedro, que polemizaba con Gordón Ordás siguiendo el sistema epistolar, era conocido por los gordonistas como «Perico el de las Epístolas». Fue personaje pintoresco, que jugó un papel poco generoso durante la guerra civil, respecto a sus compañeros republicanos.

León tira profundamente de don Tomás. Su esposa se queja del clima de Santiago, que no le sienta bien. Posiblemente, la condición de capital del viejo reino, del que es florón incomparable la Salamanca de su niñez, tenga también su parte. Por R. O. del 7 de abril de 1922, en virtud de oposición se le nombra catedrático de Histología normal, Patología general y Anatomía patológica de la Escuela de León, con toma de posesión el 8 de junio y rehabilitación del nombramiento el 5 de junio, pues no pudo tomar posesión reglamentaria antes. En las mismas oposiciones pasó Gallego a Madrid, don Rafael González ganó la cátedra de Zaragoza y don Germán Saldaña la de Córdoba. Al separarse la Patología general de la Histología y Anatomía patológica, don Tomás opta por centrarse en Histología y Anatomía patológica. En seguida es nombrado secretario de la Escuela, con don Juan Morros de director. Tiene de compañeros de claustro, aparte de dicho médico y veterinario, padre de José y Julio Morros Sardá, a don Ramón Coderque, cirujano que lle-

vaba su sentido de limpieza y asepsia hasta los detalles más nimios, caballero muy estimado y querido en León. También al pintoresco doctor Rosales, a quien se atribuyen sabrosas anécdotas (4). Y otros varios de menor personalidad. También viene frecuentemente a León, aunque ya reside en Madrid, Gordón Ordás, con quien había convivido en sus años de Escuela de Veterinaria. Como él, tenía origen humilde; como él era trabajador y crítico; como él creía en la necesidad de profundos cambios en la vida política y social de España; con él pensaba en un ideal republicano y laico, respetuoso con todas las creencias y opiniones, pero desacralizado y podado de sus tópicos; como él, predicaba con el ejemplo de su ascetismo. Forman parte de sus relaciones sociales, pese a que don Tomás no era muy proclive a la vida de sociedad, personas de amplio espectro de opiniones políticas y creencias religiosas, con tal que mantengan una vida honorable. Figuran entre ellos Gonzalo Llamazares; Miguel Zaera, impulsor de la Granja-Escuela de la Diputación Provincial, que daría paso a la Estación Pecuaria Regional, de la Dirección General de Ganadería e Industrias Pecuarias; los Arriola y, sobre todo, su compeñaro de seminario salmantino, don Cloado Velasco, el brillante orador y bondadoso sacerdote, ya mencionado. Vive don Tomás en la Avenida del P. Isla, primero en el antiguo número 38, después en el 64 y, finalmente, en el número 6, donde falleció.

Durante algún tiempo es nombrado asesor pecuario de la Granja-Escuela Provincial, centro que dirigiría interinamente durante algunos meses en el curso de la guerra. Allí haría las primeras observaciones que se publicaron en España sobre la anemia ferropénica de los lechones, manteniendo correspondencia sobre el tema con el especialista norteamericano Kernhamp.

A pesar de su imagen política, ya trazada, don Tomás no militó en ningún partido. No obstante, al iniciarse la guerra civil, por denuncias de compañeros del claustro (la presencia en el mismo de don Pedro González permite prescindir de adivinos), se le incoa expediente y se le suspende de empleo y sueldo. La falta de pruebas de cualquier tipo de transgresión legal y la gran autoridad moral que tiene, incluso ante sus adversarios, llevan pronto al sobreseimiento del expediente y a su reposición en la cátedra. Aunque se le encomiendan funciones de inspector veterinario municipal

y la mentada dirección interina de la Estación Pecuaria, permanece sobre él la sospecha de su poca proclividad al momento político franquista y, pese a su indudable superior categoría, en todos los órdenes, se nombra director de la Escuela a don Pedro González. Más tarde, cuando las Escuelas se transformaron en Facultades, por decisión del ministro Ibáñez Martín, de nuevo sufrieron los viejos catedráticos, que tanto habían contribuido a crear el ambiente que propició tal modificación, otras humillaciones. Primero, ante la renuncia de algunos miembros arcaicos de las Facultades, que desconocían supinamente lo que era la Veterinaria. Después, ante la consecuencia de tal espíritu, que llevó al nombramiento de decanos-comisarios en la Facultad de Veterinaria de León, primero el profesor Fernández Ladreda, militar y catedrático de la Facultad de Ciencias (Sección de Químicas) de la Universidad de Oviedo y, más tarde, el profesor Floriano Cumbreño, ¡catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras! Sólo la incorporación del primer catedrático de universidad, don Isidoro Izquierdo Carnero, permitió nombrar un decano procedente de la Facultad de Veterinaria. Con él sería vicedecano don Tomás, el hombre digno que solicita la expedición del título de Licenciado en Veterinaria, sustitutivo del de Veterinario, el 19 de junio de 1959.

Son los últimos años de vida académica de don Tomás, muy disminuido en energías, desanimado y triste. Ha perdido ya a su esposa, que el 20 de febrero de 1950, sufre una trombosis, cuya noticia recibe don Tomás mientras da clase. Tras la jubilación se aísla cada vez más, abandona toda actividad profesional, incluida la lectura de obras científicas, y se refugia en el hogar de su hija, distraído con la lectura de novelas de la más variada naturaleza. Aquejado de una dolencia de próstata, es operado en el sanatorio Nuestra Señora de la Luz, junto a la Facultad de Veterinaria (al lado de la actual iglesia de San Claudio), sin reponerse. Sucesivas infecciones van minando su vida, que se extingue sentado al lado de una camilla con faldas, en el viejo mirador de su casa de la calle del P. Isla, el 28 de mayo de 1955, un fin de semana. Muy pocas personas tienen noticia de su muerte, por lo que el entierro se realiza en la más estricta intimidad. Pese a todo, el decano de la Facultad dispone que el cortejo fúnebre pase por el paseo de Castaños que adorna el patio del centro, como último homenaje.

III. DEL HOMBRE

Don Tomás Rodríguez era un hombre culto, de múltiples intereses, como demuestran las numerosas notas que dejó, cuidadosamente manuscritas. Lo mismo figuran entre ellas datos sobre fórmulas y procedimientos para calcular el extracto seco de la leche, o el valor de la prueba del alcohol, que recortes de periódicos sobre presuntos productos antituberculosos, los cuerpos inmunizantes de Carl Spengler, o la posible utilidad del veneno de cobra en la infección fímica. Sus inclinaciones hacia la ingeniería (5), para cuya profesión echaba de menos una buena preparación matemática, que no pudo adquirir en sus años de seminario, ni en los posteriores de autodidacta, la reflejan abundantes croquis, finamente dibujados, sobre pozos filtrantes, filtros de París, o frascos para la toma de muestras a profundidad determinada. Hay también apuntes sobre Veterinaria legal (interpretación de la presencia de agua en el estómago, signos de la asfixia, etc.), Zootecnia (clasificaciones de las diversas razas animales), Parasitología (téc-



nica histológica para la investigación de *Eimeria zürni*), Patología infecciosa (observaciones sobre la difteria de las gallinas)... En fin, no faltan entre sus papeles los relativos a la preparación de programas de docencia, dictámenes sobre propuestas a la Asociación Nacional Veterinaria, solicitados por Armendáritz, en relación con los procesos patológicos hallados en la inspección de mataderos, para las que es de aplicación la investigación histopatológica.

En su formación cultural fue fundamental su etapa salmantina, que le proporcionó buenos conocimientos de latín, amplia base humanística y multitud de sentencias clásicas, que gustaba repe-

tir, siempre en el momento oportuno. Tenía de Salamanca y su Universidad un recuerdo dorado, como el de las piedras de la ciudad, cuyo amarillo refuerzan los crepúsculos. Parecía como si se advirtiera en él una idealización, a la que tan bien se presta la gloriosa ejecutoria de aquella Universidad, donde fue posible una crítica al imperio español, desde dentro; la reposición de los profesores injustamente perseguidos, sin que hubiera sido preciso un cambio de régimen y tantos otros hechos enaltecedores. Pero nunca mostró ningún tipo de resentimiento por no haber podido ser alumno activo de sus aulas.

En otro orden de cosas, poseía un sentido ascético de la vida (6). Pese a tener buenas relaciones en la ciudad, prefería su trabajo en la Facultad y en el hogar, estudiando mientras su esposa cosía y su hija preparaba sus deberes escolares. Ni tertulias, ni cafés, ni juegos de ninguna especie le atraeron. Fumador solitario, recriminaba a quienes lo hacían en público, diciendo de sí mismo que tenía «la suficiente fuerza de voluntad para no exhibir un vicio». Su sentido de la responsabilidad y del bien público le impedían malgastar ni siquiera unos céntimos de los fondos oficiales. Incorruptible e incapaz de componendas, resultaba incómodo para muchos, que tenían y tienen el sentido español de la amistad, que permite una o más medidas para el trato, según sea con amigos, enemigos o indiferentes. Su dignidad entera, reconcentrada, le asimilaba a los santones españoles del laicismo, sobre todo los vinculados al krausismo, pues habiendo perdido la fe, fue profundamente respetuoso con todas las formas de religiosidad (7).

Quienes fuimos sus alumnos le recordamos acercándose a la Escuela (1942) con su tranquilo caminar de pies abiertos, las manos enlazadas a la espalda, o movidas con ligero recuerdo de su vida militar con un discreto braceo. Su cabeza erguida y firme, tocada con sombrero de ala estrecha, un tanto desplazado hacia el occipucio. Reforzando su aspecto serio, un ancho bigote, de corto pelo. Palmiro, su bedel—aficionado a los frutos de vid, convenientemente fermentados, y buen amigo de estudiantes—le recibe nervioso, con sus ojos saltones, un tanto inyectados, su respirar jadeante, que advierte futuros problemas cardiopulmonares, y su caminar de pies planos. Le abre el aula—el laboratorio lo abre don Tomás, que deja la llave muy pocas veces—, situada en el alzado que se ha edificado para aprovechar en dos plantas la

antigua iglesia de los frailes descalzos, junto al viejo castillo de la ciudad, por entonces convertido en triste cárcel. En el bajo está el «salón de actos» de la Escuela. Como siguiendo un rito, don Tomás extrae su reloj del chaleco, lo desprende de la cadena y lo pone sobre la mesa, hasta que llega la hora exacta. Con una seña, ordena a Palmiro que cierre la puerta, y comienza su exposición de la lección, de modo ordenado, ayudándose de dibujos y proyecciones de láminas, con el epidiáscopo Leitz. Concluye con la misma puntualidad, tras haber dejado en los alumnos atentos unas claras nociones del tema, elaborado con lectura de varias obras y revistas, y fundido en su experiencia de laboratorio y de didáctica. Los alumnos de Anatomía patológica le escuchan con respeto. Los de Histología, que han oído hablar de don Tomás como hombre competente, serio y riguroso, sufren una ligera decepción al ver al catedrático menudo (el «Minúsculo», le llamaba un colega de claustro), con ambos brazos apoyados en la mesa, en actitud de espera, hasta que inicia la explicación, momento en que acciona pausadamente el brazo derecho. El sonido parásito que articula de cuando en cuando, contribuye a provocar un atisbo de hilaridad, pero el desarrollo de la explicación corta cualquier veleidad jocosa rápidamente, para el resto de los días (8).

Todos sus alumnos pasan por el laboratorio, donde practican los cortes por congelación, tiñen sus preparaciones por el método de Gallego y obtienen una buena preparación visual de la estructura histológica de los diversos órganos, o las lesiones más significativas, junto con nociones sobre los tumores más frecuentes en los animales y alguno humano que el catedrático ha diagnosticado, en su colaboración con los médicos de la ciudad.

Cuando llegan los exámenes, oral y práctico, los alumnos saben que es casi imposible suspen-

der, si se ha estudiado adecuadamente la asignatura. Sin ninguna violencia, con profunda medida, don Tomás repasa el programa, escudriñando los conocimientos del estudiante, para formarse una idea cabal de sus saberes. El práctico se hace con preparaciones numeradas. La picaresca estudiantil descubre pronto algún signo de identidad macroscópico, que permite orientar a los compañeros de turnos posteriores, pero, con todo, el conocimiento práctico de histología e histopatología es satisfactorio en la mayoría de los casos. En su larga vida académica, sólo hubo una excepción a su estricto sentido de la justicia: el año de su jubilación dio aprobado general.

En su larga vida profesional, don Tomás Rodríguez dio numerosas conferencias de muy diverso nivel, desde las de divulgación, por la montaña leonesa, hasta las de índole profesional o cultural. Su preocupación profesional se reflejó también en la prensa, lo mismo en Santiago que en León, así como en las revistas veterinarias, donde aparecieron sus contribuciones sobre los más variados temas, escritas siempre en estilo austero, muy correcto.

Indudablemente, su obra más notable fue el tratado de *Exp'oración clínica de los animales domésticos*, de XV más 558 páginas, editado por Editorial Labor, S. A., de Barcelona, en 1943, en su segunda edición (la primera fue en 1935). El éxito de esta obra sirvió para que la Facultad de Veterinaria de São Paulo (Brasil) le ofreciera la cátedra de Patología médica, al quedar vacante en aquella Facultad de Veterinaria. Este ofrecimiento, que le fue transmitido por los Ministerios de Estado y de Educación Nacional de España, en junio de 1939, no fue aceptado por don Tomás, quien entendía «que la falta de gran número de profesores en nuestras Escuelas hacía necesarios sus servicios en España» (así consta en su hoja de servicios).

REFERENCIAS

(1) La mayoría de los datos relativos a su expediente académico los hemos obtenido en la Secretaría de la Facultad de Veterinaria de León. Otros nos han sido facilitados por su hija.

(2) Tuvimos noticia de estas oposiciones y su desarrollo en versión del propio don Tomás, siendo alumno interno de su cátedra. Después hemos recibido confirmación de su punto de vista. Al parecer, don Dalmacio García Izcara tenía mucho interés por don Eduardo Respaldiza. Más tarde, consciente de que a don Tomás le habían tratado desconsideradamente, le apoyó para que opositara a Fisiología.

(3) Curiosas las cantidades que percibían nuestros catedráticos. Por sucesivos ascensos de categoría, siempre por antigüedad, las cantidades fueron subiendo a 4.000-5.000 (1918), 6.000 (1919), 7.000 (1920), 10.000 (1931), 11.000 (1934) y 18.000. Posteriormente no se consignan las cantidades a percibir. Al lado de tales sueldos había otras percepciones por derechos de examen, siempre escasas.

(4) De Rosales es aquella definición del clima leonés, según la cual «sólo es adecuado para bueyes y algún que otro canónigo».

(5) Frente al emplazamiento de la Farmacia Gatón, la familia de don Tomás tuvo una casita con huerta y pozo artesiano. Para éste nuestro profesor ideó y fabricó un reloj que permitía mantener un nivel de agua constante. También diseñó destiladores y varios útiles de laboratorio.

(6) Era sobrio para todo, incluyendo su comida. Su peculiar sentido del ahorro sirvió para que sus familiares se disgustaran con él, porque acudía a las entradas de general («el gallinero») del Teatro Principal. Realmente lo que sucedía es que su próstata ya le creaba problemas y en aquellas localidades estaba a mano el servicio higiénico.

(7) En los años 40, cuando se organizaban ejercicios espirituales obligatorios para los universitarios, durante la Cuaresma (en ocasión se llegaron a distribuir boletos con un número para entregarlos a la salida, con lo que se ejercía un control de asistentes), don Tomás asistía con absoluta seriedad como a un acto de servicio más, no tanto por temor a persecuciones.

(8) Introducía un sonido gutural, especie de «k», combinándolo con la última vocal de la palabra precedente (señor ko-Fernández) o con la primera de la siguiente, lo que explica que se le llamara popularmente ka-Tomás sin el menor tono peyorativo, sino más bien con una mezcla de afecto y pillería estudiantil.

Se decía que Cajal no le había votado en las oposiciones por este defecto, pero no hemos podido comprobarlo.

Juan Sánchez-Caro y Vázquez (1893-1954)

Por BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA



Juan Sánchez-Caro con su hija en la época de su estancia en Noreña (Oviedo).

Fue debido a una coincidencia mi conocimiento de este veterinario que, sin especial renombre, representa bastante bien al veterinario rural y al inspector de alimentos que ha perdurado hasta tiempos recientes. Y es que Sánchez-Caro unió en su persona una gran vocación veterinaria y una amplia cultura, producto de sus estudios en el campo de las ciencias naturales y, más concretamente, de la biología aplicada.

Hace bastantes años, en una librería de lance encontré un libro que le había pertenecido, que guardaba en su interior un carnet con su nombre, expedido por la *Université Philotechnique* de Bruselas. El título del libro, *Ensayos sobre Sociología Veterinaria*, me hizo sospechar que pudiera tratarse de un veterinario, por lo que recurrí a mi amigo el administrativo del Colegio don David Tapia, quien me puso al corriente de la personalidad de Juan Sánchez-Caro, ya fallecido, cuyo expediente se guardaba en nuestros archivos.

Había nacido este colega nuestro el 26 de febrero de 1893, en el pueblo de La Mata, provincia de Toledo, villa situada a pocos kilómetros de Santa Olalla, cuyo origen parece ser que proviene de una venta que llevaba este nombre.

Sus primeros estudios los cursó en el pueblo natal hasta que pasó a estudiar el bachillerato en

el Instituto General y Técnico de Toledo, donde revalidó el título el 10 de junio de 1910.

Los estudios del preparatorio de ciencias los realizó en la Facultad de Ciencias de Madrid en el curso 1910-1911 y acto seguido se matriculó en la Facultad de Farmacia de esta misma ciudad, donde aprobó tres años. No he podido saber los motivos que le hicieron dejar esta carrera para pasarse a Veterinaria. Hemos de pensar que fue debido a un contratiempo con alguno de los profesores o a que sencillamente comprobó que no le interesaban los estudios de Farmacia. La realidad es que acto seguido se matricula para el ingreso en la Escuela Superior Veterinaria de Madrid, donde se licenció el 2 de febrero de 1917 con un expediente brillante de cuatro matrículas de honor, ocho sobresalientes y la misma calificación en la Reválida.

Tenemos que considerar que en aquella época la colocación en veterinaria para un joven preparado era relativamente fácil y tenía la ventaja sobre la carrera de Farmacia de que no exigía ningún desembolso para instalarse profesionalmente. Tal vez aquí radique el motivo de su inesperado cambio profesional, unido a una tradición familiar veterinaria, ya que su abuelo y su padre ejercieron esta profesión.

Juan Sánchez-Caro decidió entonces, una vez terminado, solicitar en propiedad la plaza de Gerindote, municipio próximo a Torrijos, que por aquellos años no tendría más allá de los dos mil habitantes. En este pueblo ejerció la clínica, sobre todo de ganado lanar, desde el 20 de octubre de 1917 hasta el 31 de julio de 1920.

Al cesar en este primer destino decidió pedir la vacante de la Inspección Municipal Veterinaria de Ribamontán al Mar, en la provincia de Santander, donde la especie animal dominante, como se sabe, es la vacuna. Estando en esta plaza es cuando, con fecha 21 de marzo de 1921, ganó por concurso de méritos, en competencia con 41 veterinarios solicitantes, el cargo de veterinario de

la Federación de Sindicatos de Villaverde de Pontones, Anero y Castanedo, también en Santander.

En estos años la clínica veterinaria del ganado vacuno estaba basada preferentemente en la inmunización contra ciertas epizootias que mermaaban la cabaña, entre las que descollaban el carbunco sintomático y bacteridiano, la perineumonía bovina y la glosopeda. Las curas de los animales tenían entonces más de arte y de técnica que de ciencia. Bajo los techados de los potros de herrado se practicaban operaciones, y el veterinario debía atender lo mismo una cojera que practicar sangrías o, sencillamente, explorar allí mismo los animales enfermos. Nuestros colegas se servían para el arte de recetar, como entonces se decía, de libros traducidos del francés. Recuerdo, por ejemplo, el *Nuevo formulario de veterinaria*, de Bouchardat y Desoubry, que había traducido al castellano el catedrático de la Escuela de Madrid, don Juan de Castro y Valero. Los productos farmacéuticos preparados eran entonces escasos, si exceptuamos los linimentos, resolutivos, cicatrizantes y algún anticolico. Lo más general era que el veterinario recetara fórmulas magistrales, para lo que se servían del citado libro, que había editado J. Espasa (1), o de otros parecidos. Publicaciones también en uso en veterinaria eran las de Eugenio Fröhner, traducidas del alemán y ampliadas por Pedro Farreras, jefe del Laboratorio de Bacteriología y Análisis del Hospital Militar de Barcelona. Sánchez-Caro estuvo al día de la bibliografía que llegaba entonces a España que, como hemos dicho, provenía principalmente de traducciones, ya que los libros de veterinarios españoles, salvo excepciones, eran de poca utilidad práctica. La *Patología especial veterinaria*, por ejemplo, de Martínez Baselga, catedrático de la Escuela de Zaragoza, editada a principio de siglo, podía servir más de orientación pedagógica que de libro de consulta.

En Ribamontán al Mar estuvo Sánchez-Caro desde el primero de junio de 1921 hasta el 4 de abril de 1924 en que cesó en esta plaza para opositar a un nuevo partido como inspector municipal de Noreña (Asturias), donde tomó posesión el 12 de septiembre de 1924. Siendo veterinario de este pueblo fue cuando cursó sus estudios de Ciencias Naturales en 1927, en Madrid, y los mismos en la Universidad Filotécnica de Bruselas, donde recibió el 13 de septiembre de 1930 el diploma de doctor en Ciencias Naturales.

Para estas fechas, Juan Sánchez-Caro tenía ya

un historial notable, iniciado al año mismo de terminar la carrera, en que había ganado el accésit del Primer Premio en un Concurso de Memorias de la Real Academia de Medicina y Cirugía. Pero esta trayectoria en el estudio, indicadora por otra parte de un espíritu inquieto, le lleva a opositar en su profesión al Cuerpo de Veterinarios Higienistas y a figurar entre los fundadores de U. V. P. y de la A. N. V. E.

Santander le sirve para especializarse en la clínica bovina. Las «vacas pintas» alcanzan buenas cotizaciones y el tratamiento de sus enfermedades



Primera Asamblea de la Asociación de Veterinarios Higienistas Españoles. Madrid, octubre 1932.

constituye un motivo de prestigio y sirve para ampliar los escasos ingresos oficiales, que provienen de la titular del Ayuntamiento.

Esta primera estancia en Santander fue decisiva en su vida, tanto en el aspecto sentimental como en el profesional. Allí conoció a la que después fue su mujer y en uno de sus pueblos, Villaverde de Pontones, permaneció escondido durante los años de la Guerra civil desde que llegó de Asturias conducido por las fuerzas del Frente Popular.

En Noreña, su nuevo destino, se presentó en septiembre de 1924. La generación del 98 está en esos años dando los frutos en la que llamaría Laín Entralgo «su operación histórica». En este año Unamuno escribe, en París, *La agonía del Cristianismo* y Antonio Machado elabora *Juan de Mairena*.

En política la prensa recoge las noticias de los embarques de tropas con destino a Marruecos, espina sangrante clavada en el pecho de España,

cuya eliminación iba a ser obra del general Primo de Rivera, presidente entonces del Directorio Militar. Nuestro llamado «complejo africano» llega hasta las tablas, donde L. J. Ardavín adapta, no con mucho éxito, *La suegra* (Hecyra), de Terencio el cartaginés.

En este año, por Real Orden, se crea la Jefatura Técnica de Veterinaria, dependiente de la Dirección General de Sanidad.

Los años que siguen al primer cuarto de siglo son de una apretada intensidad renovadora en los campos cultural y político, momento en que se incuba el nacimiento de la segunda República y la profesión veterinaria lucha para que le sea reconocido su destacado papel en el perfeccionamiento ganadero.

En 1931 se instaura la República y el 7 de diciembre de ese año se crea la Ley de Bases de 7 de diciembre, columna vertebral de la Dirección General de Ganadería.

En la Universidad de Oviedo, Juan Sánchez-Caro inicia unos nuevos estudios en la Facultad de Derecho, en la que se licencia el 7 de junio de 1934. Es estando en Oviedo cuando Sánchez-Caro, en estos años de la República, completa su expediente al lograr plaza, por oposición, de Veterinario Higienista de Sanidad Nacional, en cuya Primera Asamblea, celebrada en Madrid en 1932, hizo de secretario general y de ponente, cargo este último para el que fue nuevamente designado en la II Asamblea del Cuerpo, celebrado en octubre de 1933.

En 1945, por concurso entre los Veterinarios



Segunda Asamblea de Veterinarios Higienistas de España, octubre 1933. Señalado con la fecha don Juan Sánchez-Caro, participante de la Asamblea.

Higienistas, fue nombrado inspector-jefe del Servicio de Sanidad Veterinaria de la VI Zona chacinera (Asturias, León, Palencia, Burgos y Santander), con residencia en esta última capital y adscrito al Instituto Provincial de Sanidad de la misma.

Durante su permanencia en Noreña actuó de jurado en la Exposición Agropecuaria celebrada en Gijón del 25 al 28 de agosto de 1928. También representó durante este tiempo al Colegio de Veterinarios en la Asamblea Nacional Veterinaria, por cuyas actuaciones e intervenciones fue felicitado, mereciendo un voto de gracia.

Durante el verano de 1928, Sánchez-Caro se especializó en la anatomía patológica, aplicada a la inspección de carnes y embutidos, y asistió al curso de la Cátedra ambulante del profesor Abelardo Gallego, que tuvo lugar en el mes de agosto en Gijón. Igualmente, en el Instituto Provincial de Higiene de Oviedo se especializó en las prácticas biológicas y bacteriológicas de aquella dependencia, conocimientos que después utilizaría, como hemos visto, en la inspección chacinera y como veterinario bromatólogo.

Los años precursores de la Guerra civil fueron inquietantes para Sánchez-Caro que, a lo que parece, no estuvo bien visto por el Frente Popular, ya que en sesión celebrada el día 16 de octubre de 1936, la Comisión Gestora acordó destituirle como veterinario «por considerarle fascista y desafecto al régimen republicano», acuerdo que fue ratificado por la misma Comisión en sesión extraordinaria del 14 de febrero de 1936.

A partir de este momento su vida estuvo en peligro, por lo que tuvo que abandonar Noreña a la fuerza el 22 de julio de 1936 y ocultarse en el pueblo de Villaverde de Pontones, en la provincia de Santander. En septiembre es reclamado por Radio Gijón y al ser declarado «faccioso» se le destituye de sus cargos en Noreña y se confiscan sus bienes.

Al regresar a Noreña, terminada la Guerra, comprueba que su casa había sido ocupada y requisado su contenido. Sánchez-Caro, que ostentó la Jefatura de las milicias de Falange de Noreña, fue militante y afiliado a Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., con carnet número 19.051. En el pueblo, en el período inmediato a la ocupación por las fuerzas nacionales, fue también delegado sindical. Pero su preparación y posibilidades en estos momentos le hacen aspirar a

una plaza de más categoría, por lo que se trasladó a Santander en noviembre de 1939 para ocupar interinamente el puesto de veterinario municipal. Pese a su probada adhesión al Movimiento Nacional tuvo que someterse, como el resto de los veterinarios y profesionales españoles, al fallo de la depuración política, que le declaró el 26 de abril de 1940 libre de sanción. En 1941 ocupa ya en propiedad la plaza de Santander, de la que llegó a ser jefe de los Servicios Municipales.

En esta segunda etapa de su estancia en Santander, la última de su vida, se dedicó fundamentalmente a la inspección de alimentos en los mercados locales. El veterinario de La Mata se hizo pronto popular entre los comerciantes, renoveros y matarifes, a causa de su carácter llano y sencillo, que le permitía con igual distinción tratar, tanto a intelectuales como a gente del pueblo.

En el Colegio Oficial de Veterinarios desempeñó el cargo de secretario en Santander, de 1922 a 1924, y en el de Asturias, los de vicepresidente, en dos etapas, así como los de vocal 1.º, vocal 2.º, vocal 3.º y vicesecretario. Tuvo además, en Santander, a su cargo la Asesoría Técnica del Sindicato Provincial de Ganadería.

Aproximadamente a mediados del año 1940, don Juan Sánchez-Caro y Vázquez, inspector municipal veterinario del Ayuntamiento de Santander, plaza conseguida por concurso de méritos, se hizo cargo de la Secretaría del Colegio Oficial Veterinario, de manos del anterior secretario, don Adolfo Ranero García, que, junto con la Secretaría, le entregó como única documentación una libreta escolar en la que figuraban los ingresos y los gastos del Colegio, y como final en favor de la caja 47 pesetas.

Por no disponerse de local alguno como sede colegial, el señor Sánchez-Caro dispuso graciosamente el establecimiento de la oficina en una habitación de su propio domicilio, sito en la Plaza de la Esperanza, 1.

No existía entonces material de escritorio ni mobiliario de ninguna clase, pues tanto la máquina de escribir como los demás efectos, incluido el papel, lo ponía el señor Sánchez-Caro de su peculio particular.

Las juntas generales (directivas apenas se celebraban) se hacían en el café Boulevard (hoy Banco de Vizcaya) y, en ocasiones solemnes, se realizaban en una habitación habilitada al efecto en el Círculo Mercantil.

De esta forma y circunstancias se fue desarrollando la marcha del Colegio, hasta que tres años después, por gestiones del entonces presidente del Colegio, don Saturnino Alonso Minguito, ante el entonces también gobernador civil, señor Romo-jaro Sánchez, se consiguió de éste una subvención económica que permitió la adquisición, en renta, del local que dejó libre el doctor Luquero, biólogo trasladado oficialmente a Barcelona, el que dejó en beneficio del Colegio el material e instrumental del Laboratorio.

En dicho local, que estaba situado en la calle de San Francisco, encima del Bazar «Sepi» y frente al Ayuntamiento, se continuaron desarrollando las actividades burocráticas del Colegio hasta el año 1945, año en que el Montepío Provincial Veterinario adquirió en propiedad un piso en la calle Becedo, número 15, que cedió en arriendo al Colegio por la simbólica cifra de 100 pesetas mensuales (hoy esta renta es de 11.000 pesetas anuales).

Era tanta la penuria económica del Colegio en aquellos tiempos que tanto la pintura como el resto del material para acondicionar y adecentar el local, hubo de abonarlo particularmente el propio secretario señor Sánchez-Caro, y el trabajo material lo realizó también éste con la ayuda del auxiliar administrativo señor Tapia Merino.

Ahora las cosas han cambiado. Se cobran cuotas colegiales, se adquieren importantes beneficios económicos de la venta de efectos valorados suministrados por la Superioridad, y se ha aumentado el número de los funcionarios administrativos, aunque es preciso advertir que se han incrementado también el trabajo y la labor de los Colegios veterinarios.

Es justo reconocer la gran labor desarrollada por el secretario que fue del Colegio, don Juan Sánchez-Caro y Vázquez, a quien tocó, en suerte o desgracia, iniciar los expedientes de depuración político-social de todos los compañeros colegiados de entonces, lo que realizó en forma tan generosa, que fue felicitado, no solamente por las autoridades competentes, sino también por los propios interesados (2).

A él se debe un informe, que se conserva en su expediente, con las modificaciones que creía oportuno introducir al Reglamento de Inspectores Municipales Veterinarios. Su idea era que debían revitalizarse las funciones y la categoría científica y económica de los inspectores municipales, hoy

denominados veterinarios titulares. Así escribe: «Cuando la veterinaria rural, que es igual que decir los Inspectores Municipales Veterinarios, se encuentren bien dotados en sus sueldos, tengan autoridad coactiva en su función y por sus superiores sean respetados como compañeros, no como súbditos, empezará a ser un hecho el mejoramiento de la Ganadería y entonces se empezará la realización de una obra de sanidad nacional» (3).

Pero igual que era consultado, Sánchez-Caro fue también en alguna ocasión apercebido, como sucedió con motivo de su falta de asistencia a una Junta General de los colegiados. Se defendió éste con un escrito de aclaración de tono un poco colérico, en que aparte de justificar su ausencia, señalaba que a otros compañeros se les indultaba por la misma falta. Y haciendo gala de sus conocimientos latinos añadía: «Donde hay la misma razón se debe aplicar la misma sanción» (*Ubi est eadem ratio ibi eadem dispositio juris esse debet*).

No se dejó amilanar la Junta Directiva, formada por veterinarios rurales, quienes con mucha gracia, por mano del presidente, le contestaron:

«Así, pues, es usted quien teniendo presente el *Ubi est eadem ratio ibi eadem dispositio juris esse debet*, no debía haber hecho la irrespetuosa reclamación que ha formulado a la Junta de Gobierno del Colegio. Dándose por enterada esta Junta de las causas que motivaron su ausencia, y que debidamente justifica, ha tenido a bien condonarle la sanción impuesta.

Dominus conservet eum, et vivificet eum, et beatum faciat eum terra et non tradat eum in animam inimicorum ejus. (El Señor le conserve la vida y le haga bienaventurado en la tierra y no le entregue en manos de sus enemigos.)»

En 1951, Juan Sánchez-Caro ingresa como académico de la Real Academia de Ciencias de Toledo y recibe la felicitación del presidente del Colegio de Santander «por el honor que nos supone que un compañero nuestro se vea correspondido con tan alta distinción».

Este profesional, afincado en Santander, representó, a mi juicio, al veterinario de nuestro siglo, veterinario rural, modesto en su ciencia, pero donde se daban no pocas individualidades que destacaron por sus inquietudes de lucha profesional en torno o no a la figura de Gordón Ordás. Sánchez-Caro murió joven. Se malogró así un hombre cuya experiencia y conocimientos hubiera podido aprovechar adecuadamente la profesión, dada su si-

tuación política privilegiada que le hubiera permitido ocupar puestos directivos de talla nacional. Sánchez-Caro tenía ideas bien claras de lo que debía ser la profesión veterinaria y le sobraban conocimientos para haber sido un representante del cuerpo que hoy llamamos de veterinarios titulares que, como reconoce en sus estudios de reforma profesional, tuvo el mayor impedimento a su desarrollo en aquellos profesionales que, por su jerarquía superior, se creían una aristocracia veterinaria. Su tono es duro y acusador. De esta manera solicita para el veterinario municipal que sea modificada su situación económica, se robustezca su autoridad y se le dote de atribuciones para que le permitan cumplir con eficacia las misiones que tiene encomendadas (4).

El historiador de la veterinaria contemporánea habrá de calibrar la importancia que para la profesión han tenido los años de postguerra, en que continuó la letra de la Ley de Bases, pero se pierde el espíritu de su fundador. Como dice Sánchez-Caro, el espíritu vivifica, la letra mata. Los veterinarios ascienden a categorías universitarias, se pasan a depender de Gobernación, alejándose del Ministerio de Agricultura, aumentan sus ingresos, modernizan la legislación, se especializan sus cometidos, pero la clase se divide a causa de la multiplicidad y discrepancias de los Cuerpos y se crea una plétora profesional solucionada a medias y tardíamente.

Un accidente provocado al caerse de un tranvía fue el origen, no inmediato, de su fallecimiento. Sánchez-Caro no logró recuperarse de aquellas lesiones provocadas por la caída y moría el 20 de mayo de 1951.

Poco tiempo después la Sociedad Española de Bromatología, a la que pertenecía como vocal de la misma en Santander, celebraba en un aula de la Casa Salud Valdecilla una sesión pública en su memoria. Pronunció la necrológica su colega el veterinario santanderino Enrique Barroso.

La figura de Juan Sánchez-Caro, vista en nuestra actual perspectiva, cobra un gran valor como uno de los veterinarios de cultura más amplia, que posiblemente no tuvo quien le igualara en el número de titulaciones, ostentadas con una gran dignidad profesional, ya que su preparación y sus dotes humanas, de auténtico caballero, le hicieron en todo momento representar adecuadamente a la veterinaria española de la primera mitad de nuestro siglo.

RESUMEN DEL HISTORIAL POLITICO Y PROFESIONAL DEL VETERINARIO JUAN SANCHEZ-CARO Y VAZQUEZ

TÍTULOS

- 1) Título de Veterinario por la Escuela de Veterinaria de Madrid, dado el 28 de junio de 1918.
- 2) Título de Correspondiente de la Real Academia de Medicina y Cirugía. Dado en Barcelona el 16 de junio de 1918.
- 3) Título de inscripción en el Cuerpo de Veterinarios Titulares, expedido en Madrid el 7 de marzo de 1921.
- 4) Título de doctor en Ciencias Naturales por la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, expedido en Madrid el 28 de julio de 1928.
- 5) Diploma de doctor en Ciencias Naturales por la Universidad Filotécnica de Bélgica. Expedido en Bruselas el 13 de septiembre de 1930.
- 6) Veterinario Higienista de Sanidad Nacional con el número 49. *Gaceta* del 2 de noviembre de 1931.
- 7) Licenciado en Derecho por la Universidad de Oviedo. Oviedo, 7 de junio de 1934. (No se efectuó el depósito del título.)
- 8) Título de Inspector Municipal Veterinario. Dado en Madrid el 1 de octubre de 1941.
- 9) Socio de número de la Sociedad Española de Bromatología, expedido en Madrid el 17 de octubre de 1949.

- 10) Académico correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Toledo, diciembre de 1950.

DISTINCIONES Y CONDECORACIONES

Caballero de la Orden Civil de Alfonso XII.
Cruz de primera clase al Mérito Militar con distintivo blanco.

Medalla de Plata de Alfonso XIII.

Teniente honorario del Cuerpo de Veterinaria Militar por Orden del Ministerio del Ejército del 22 de noviembre de 1944 (*B. O. del Estado*, número 330, de noviembre de 1944).

SOCIEDADES A LAS QUE PERTENECIÓ

Miembro de número de la Sociedad Española de Historia Natural.

Socio de la Española de Bromatología.

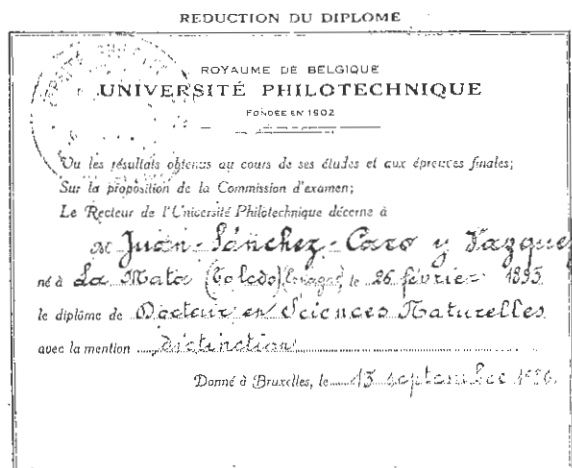
Correspondiente de la Sociedad Veterinaria de Zootecnia.

ESCRITOS Y PUBLICACIONES

El riñón es el dializador orgánico. Trabajo con el que obtuvo el accésit del Primer Premio y Título de Académico correspondiente de la Real Academia de Medicina. Madrid, marzo 1918.

Determinación del sexo en los mamíferos. Tesis de doctor en Ciencias (Sección de Naturales). Madrid, 28 de julio de 1928.

Citomorfológismo del mendelismo, principios



Université Philotechnique
BRUXELLES

CARNET délivré à

M. Juan Sánchez Caro y Vazquez
de La Mata, y Vazquez

attestant qu'il a obtenu le titre de
Doct. Naturelles

dont copie ci-jointe.

Le 13. 9. 1930.

Le Recteur,

J. Vazquez

N. B. - Le titulaire du présent carnet ne peut s'en désister.

mendelianos y neomendelismo. Tesis para optar al doctorado por la Universidad de Bruselas en Ciencias Naturales. Bruselas, 7 de septiembre de 1930.

Colaboraciones en revistas: *Veterinaria toledana*, *Ciencia veterinaria*, *Revista de Higiene y Sanidad Pecuaria*, *La Semana Veterinaria*, *Información veterinaria*, *La voz del higienista*, *La industria animal bromatológica*.

Colaboraciones en periódicos: *El Diario Universal*, *La Acción*, *ABC*, *Informaciones*, *El Diario*

Montañés (1943, 44 y 45), *La Voz de Asturias*, *El Cantábrico*. Santander (1923 y 24).

FUENTES DE INFORMACIÓN

Documentación del expediente personal de Juan Sánchez-Caro y Vázquez, colegiado número 10, existente en el archivo de finados del Colegio Oficial de Veterinarios de Santander.

REFERENCIAS

- (1) BOUCHARDAT, A., y G. DESOUBY (s. a.): *Nuevo formulario de Veterinaria*. Traduc. de J. de Castro y Valero. Sexta edición. José Espasa, Editor. Barcelona.
- (2) Comunicación escrita de don David Tapia Merino. Santander, septiembre de 1974.
- (3) Informe fechado el 18 de enero de 1941, pág. 1.
- (4) Véase el citado estudio de modificación del Reglamento de Inspectores Municipales Veterinarios en el archivo del Colegio Oficial de Veterinarios de Santander.

José María de Santiago y Luque (1917-1964)

POR BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA



José María de Santiago y Luque.

Antes que el incendio de 1941 cambiara la fisonomía de la ciudad de Santander y que la población sufriera los efectos de la guerra civil, la vieja puebla marinera, puerto de Castilla que se titulaba pretenciosamente la Sidón ibera, presentaba al viajero dos distintivos que la caracterizaban: uno comercial e intelectual, el otro. En los muelles, algunos de madera, de aquel Santander de principios de siglo atracaban viejos veleros que hacían la ruta de cabotaje y también los vapores de las líneas que comunicaban y transportaban mercancías y pasaje con América.

Un público curioso provinciano presenciaba la salida por la escala de aquellos emigrantes que llegaban con la maleta rota o, lo que era peor, sin ella «por habérseles caído al agua» y también de no pocos indianos y familiares que retornaban ya retirados al pueblo que les vio nacer o, simplemente, para pasar una temporada.

El puerto significaba el alma comercial de aquel Santander que hoy se recuerda con nostalgia, y hasta su bahía de cambiantes grises llegaban los instrumentos de su comercio, que en otra época fue incluso más importante. Ya por entonces en el puerto se notaban los síntomas de una decadencia que previó el descubridor de Altamira, don Marcelino Sanz de Sautuola, cuando escribió a Menéndez Pelayo en marzo de 1885 solicitando su influencia para evitar «la completa ruina de este puerto, agonizante ha tiempo» (1).

Este comercio nacional de ultramar servía de complemento a la riqueza pecuaria que comenzaba en aquellas fechas a importar ganado holandés, que iba a ser después la raza dominante de la Montaña. Un natural sentimentalismo, en gran parte apoyado por los veterinarios, abogaba, sin embargo, por la conservación y mejora de las razas locales autóctonas. Uno de estos veterinarios era el inspector provincial de Higiene y Sanidad Pecuarias, Carlos Santiago Enríquez, que en la primera década del siglo había sido destinado a esta provincia. Carlos de Santiago pertenecía a la primera promoción de este Cuerpo Nacional de inspectores, y apenas llegado a la capital de la Montaña tomó la resolución de estudiar y fomentar su cabaña ganadera. Hombre trabajador, decidido e inteligente, al que Gordón Ordás calificó de «espejo de honradez y lealtad», en los dieciocho años que ejerció en Santander llevó a cabo un interesante programa de fomento pecuario y a él se debe también uno de los primeros y más completos estudios zootécnicos de las razas santanderinas (2).

Al poco tiempo de su llegada a esta ciudad, con-

cretamente el 1 de enero de 1912, Carlos Santiago Enríquez presidió la primera reunión en la que quedó oficialmente constituido el Colegio de Veterinarios de Santander con 29 adheridos. Fue el citado inspector de Higiene Pecuaria quien hizo el primer Reglamento y a quien se eligió presidente por unánime votación, haciendo de secretario, Cesáreo Varela Varela, de Torrelavega.

Entre los acuerdos de aquella memorable sesión, la primera del Colegio de Veterinarios de Santander, se acordó nombrar presidentes honorarios a don Santiago de la Villa y a don Dalmacio García Izcara, así como a los senadores de la provincia don Ramón Fernández de Hontoria y don Manuel E. Pico. Asimismo se declaró Órgano Oficial del Colegio a la *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria* y se nombraron colegiados honorarios a diversas personas, incluidos algunos entusiastas ganaderos.

Durante su mandato fue un hombre enérgico y organizador, que puso en marcha el Colegio de Santander, y al que su afán de estímulo y crítica de los profesionales le acarreó trabajos y sinsabores, tal como reflejan las actas. Debe recordarse, a este respecto, la sesión del 10 de diciembre de 1914 de la Junta General extraordinaria de colegiados, en la que Santiago Enríquez expuso «en un atinado discurso» la necesidad de que la veterinaria provincial rompiera con los viejos moldes y se emancipara mejorando su situación económica, harto deplorable entonces según dijo, para lo que tenía que poner a tono sus emolumentos con las necesidades del momento. Las primeras reuniones se hicieron en las oficinas de la Inspección Provincial de Higiene Pecuaria y más tarde en el salón de la Cámara de Comercio de la ciudad. En 1916 se aprobó la ley de Epizootias y su Reglamento y en 1922 se declaraba obligatoria la colegiación. En ese año dejó de ser presidente Carlos S. Enríquez. Una de sus intervenciones más importantes en el Colegio de Santander tuvo lugar en abril de 1922, cuando visitó Gordón Ordás esta ciudad y presidió la reunión de colegiados. Allí estaban aquel día veterinarios prestigiosos, como Sánchez Caro, Mariano Ramos, Cesáreo Varela, Aguinaga, etcétera. En su discurso, Gordón Ordás dijo que «la Sociedad estima a los profesionales por lo que dan al bien común». Por este motivo les exigía que sus actos estuvieran siempre presididos «por la pureza de intenciones». Aludió también en aque-

lla sesión a la unidad profesional, la clasificación de partidos, la renovación y ampliación del programa de estudios veterinarios, etc.

Vivía entonces la familia de Santiago Enríquez en una de las calles más típicas de aquel Santander de principio de siglo, calle tranquila, que no sé por qué razón se la había denominado del Sol. A decir verdad sería solamente en verano cuando sus casas, de amplias galerías, y los hotelitos o chalets de piedra, con sus terrazas delanteras y negras verjas, muy al estilo modernista, podían disfrutar de un sol confortable. La calle se continuaba por el llamado Paseo de la Concepción, descrito por Gutiérrez Solana en su capítulo de Santander en *La España negra* y contiguo también a los típicos barrios de San Simón y a los de pescadores de Tetuán y Puerto Chico (3).

Hacía poco que la familia se había trasladado allí procedente de otra calle, también vinculada a la historia de la ciudad, la de Méndez Núñez, en cuyo número 8 vino al mundo el 18 de julio de 1917 uno de los hijos del veterinario jefe de Higiene y Sanidad Pecuarias. Es curioso cómo la fecha de nacimiento, un 18 de julio, del niño al que



El profesor don José María de Santiago y Luque, catedrático de Veterinaria de Patología General, Propedéutica y Enfermedades Esporádicas.

José María de Santiago y Luque en una fotografía clásica de estudiante.



se puso el nombre de José María, iba a tener después un especial significado en su vida.

El pequeño José María acudió en el aprendizaje de sus estudios primarios a un colegio particular de los muchos que había entonces en Santander y que se llamaba «del Santo Angel», tal vez como garantía de una protección especial para aquella caterva de críos alborotadores a los que sus padres enviaban a los colegios más como descanso para ellos, y con el fin de acostumbrarles a la convivencia, que por las ventajas de un aprendizaje de las primeras letras. Regentaba, según creo, el colegio un matrimonio, al que yo conocí ya viejos, instalados en la calle de Velasco, ahora de Hernán Cortés, en los años después de la guerra.

A los nueve años, según era costumbre, José María se presentó al examen de ingreso en el Instituto General y Técnico de Enseñanza Media, más conocido por el Instituto de la calle Santa Clara, alzado con nueva planta sobre el solar que albergó al antiguo, donde se formó aquella generación de hombres ilustres del Santander que Marañoñ definió como «foco potente de espiritualidad».

Allí estudiaron Pereda y Menéndez Pelayo, el naturalista González de Linares, el descubridor de Altamira, Sanz de Sautuola; el poeta León Feli-

pe, el general Díez Vicario, e hizo su ingreso Gregorio Marañoñ (4). Aquellos catedráticos del viejo Instituto santanderino, liberales unos y conservadores otros, tuvieron una capital importancia en el resurgir intelectual de la ciudad marinera y dieron también un ejemplo de convivencia política e intelectual.

Debido al cambio de destino de su padre, trasladado a Zaragoza, el joven José María pasó a cursar el segundo año de bachillerato (1927-28) al Instituto de Enseñanza Media de esta ciudad, donde desarrolló tres años más de escolaridad hasta el quinto curso. Un nuevo traslado de la familia a Madrid en 1932, le obliga a finalizar el bachillerato, cursado siempre con excelentes calificaciones, en el Instituto Calderón de la Barca. Siguiendo la tradición familiar, decide entonces estudiar Veterinaria y se presenta al ingreso en octubre de 1933 en la Escuela Superior de Veterinaria, en el viejo caserón de la calle Embajadores. Ya instaurada la República, el ambiente universitario era, como ha recordado Domingo Carbonero (5), de franca politización.

En los años de estudiante de Veterinaria, en los cuales Luque fue secretario de la F.U.E., y en la que era familiarmente conocido, alternó las clases con la asistencia al Instituto de Biología Animal, donde recibió las primeras enseñanzas en la inves-

tigación. Uno de sus condiscípulos más íntimo y entrañable nos ha transmitido generosamente un retrato psicológico, pleno de emoción, del joven estudiante de Veterinaria:

«Luque era humanamente un estudiante extraordinario, incapaz de provocar fobias, porque, aunque aparentemente algo frío, en su vida de trabajo y relación era extraordinariamente comunicativo y tenía una capacidad inmensa de recepción de las ideas de las otras personas, tanto en el orden científico como político. Si los españoles responsables tuvieran este don, entonces es cuando podríamos hablar de que la convivencia entre todos ellos sería un hecho indudable.

»Como amigo era insuperablemente generoso. Puede decirse que su espíritu de compañerismo y la grandeza de su alma le convirtieron en un *alumno-catedrático*. Recogía apuntes en todas las clases. Los contrastaba en su casa con sus libros o en la Biblioteca de la Facultad. Hacía cinco copias de las mismas y las repartía generosamente entre los compañeros, para que todos los componentes del curso se beneficiasen gratuitamente de su trabajo y de su sabiduría, cuando era costumbre arraigada en la Facultad que los alumnos más dotados de todos los cursos que realizaban semejante tarea, la comercializasen totalmente. Y su labor, en este aspecto didáctico, no acaba con el simple reparto de las copias de los apuntes, sino que se le podía ver constantemente por los pasillos del viejo e histórico edificio de la calle de Embajadores aclarando y explicando conceptos a todos los compañeros que solicitaban su ayuda. Y esta naturaleza altruística de su carácter alcanza una mayor dimensión, si se considera que no pertenecía a familia sobradamente dotada de medios económicos.

»Frente a esta descripción de Luque se podría pensar que era un estudiante que no tenía tiempo más que para su preparación científica. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. El era uno de los más entusiastas organizadores de partidos y torneos de fútbol entre nosotros, deporte que practicaba, como un chiquillo de diez años, con rabioso entusiasmo y jolgorio, en los improvisados campos del Retiro y del Manzanares madrileños de aquellos tiempos.

»Este tremendo contraste es lo que quizá nos dé la tónica del joven Luque, del que más tarde tendría que salir el hombre equilibrado en todo y digno ante adversidades y deslealtades que nunca mereció» (6).

Un día 18 de julio de 1936, día en que cumplía diecinueve años, José María Santiago Luque tuvo que dejar sus estudios de Veterinaria inconclusos porque «la paz se la llevaron los vientos calientes de julio». La prensa informaba de una sublevación militar que iba a dar origen a la guerra civil más sangrienta y dura de nuestra historia. Al día siguiente el *Diario de Navarra* del 19 de julio, al grito de ¡Viva España!, daba la noticia de que el general Mola declaraba el estado de guerra en toda Navarra. Ese mismo día el Gobierno, desde la *Gaceta*, anunciaba, a su vez, la disolución de «todas las unidades del Ejército que habían tomado parte en el movimiento insurreccional».

Consecuente con sus ideas, el joven estudiante de veterinaria se colocó, con otros muchos compañeros, al lado del gobierno legalmente constituido. En un principio, Luque presenció el desarrollo de los acontecimientos que dieron lugar a la guerra y, dada su corta edad, no tuvo necesidad de intervenir, pero la ofensiva sobre Madrid le obliga a adoptar una actitud de sacrificio pareia al del resto de los españoles de uno u otro bando. «Educado en los principios democráticos y adicto a la República, aunque apartado del activismo político al iniciarse la batalla de Madrid se alistó en una de las brigadas juveniles que se improvisaron para la defensa de la capital» (7). Dada su preparación, pudo muy bien haberse colocado en destinos más seguros en la retaguardia o como veterinario, pero a Luque le hubiera parecido cobarde cualquier determinación que no hubiera sido, en aquellos momentos, la incorporación activa al ejército popular de la República. Otros veterinarios con igual entusiasmo optaron por ponerse al lado de las tropas sublevadas nacionalistas. No debe olvidarse la gran influencia profesional que ejerció Gordón Ordás en la mentalidad política de los veterinarios españoles, aunque existió una minoría, que, si bien le admitía como líder profesional, no estaban de acuerdo con sus ideas políticas y religiosas. La participación de los veterinarios en la guerra de España de 1936-1939 está pendiente de un estudio profundo que, cuando sea posible realizarlo serenamente, pondrá de relieve el patriotismo y la labor de conservación de la cabaña nacional y de los efectivos de abastecimiento y de caballería, que tanta importancia tuvieron para los dos bandos contendientes. Otro capítulo no menos importante fue el de la convivencia política, la

protección y lealtad profesional entre hombres que profesaron muy diferentes ideologías.

La toma y defensa de Madrid llegó a constituir uno de los programas fundamentales y decisivos de la guerra y a la vez, un motivo de orgullo y propaganda. Madrid iba a ser, pues, la batalla final. En las ruinas de la Ciudad Universitaria se leía la consigna de: ¡No pasarán!, grito que el 28 de marzo de 1939 sería sustituido por el ¡han pasado!, repetido también por miles de españoles cuando al mediodía de ese día las tropas nacionalistas hicieron triunfantes su entrada en Madrid.

El general Rojo ha llegado a decir que el comportamiento y la movilización del pueblo en la defensa de Madrid sólo puede compararse con la fecha histórica del 2 de mayo de 1808.

En aquel batallón juvenil instalado en las trincheras de la Ciudad Universitaria el entusiasta José María Luque tuvo la visión trágica de lo que significaba aquella guerra que había dividido a los españoles en dos bandos. Luque tal vez pensó también en la poética «Colina de los Chopos», aquella famosa «Residencia de Estudiantes» desde donde se divisaba a lo lejos la Sierra del Guadarrama y a cuyos pies se estaba desarrollando la contienda. Era allí donde Luque venía trabajando en el Laboratorio de Histología, en la Junta de Ampliación de Estudios.

En las trincheras de la Ciudad Universitaria, donde se combate y se muere, aquellos juveniles defensores recitan poemas de Alberti y de Miguel Hernández. Poco antes de cumplirse el mes, José María Santiago Luque sufre una herida grave de bala en la sien derecha que le hace perder el ojo del mismo lado.

El comportamiento de Luque a partir de este momento pone de relieve su admirable personalidad de «noble caballero andante», idealista y sacrificado.

La familia por una natural actitud de modestia ha silenciado el generoso y abnegado gesto de aquel estudiante de Veterinaria que ya perdido un ojo se presenta una y otra vez a los reconocimientos médicos con objeto de ingresar en el Grupo de Información y Topografía de Artillería. Luque quiere seguir en el frente, pero es rechazado en los reconocimientos hasta que aprovechando la ausencia del inspector jefe médico logra pasar la prueba. En los exámenes teóricos militares dos estudiantes de Veterinaria—él uno de ellos—obtienen los dos primeros números. En calidad y consideración de

teniente prestó servicio en los frentes del Centro y Levante hasta el fin de la contienda. En colaboración con este compañero citado elaboró unos apuntes con destino a los grupos de artillería improvisados que combatían en los frentes de la República española. El armamento artillero de las milicias político-populares estaba formado entonces por cañones del 7,5 modelo Schneider, de 75 mm. de calibre, que no podían competir, pese a su facilidad de transporte, con los 8,8 alemanes tan decisivos en la victoria final de los nacionalistas. Igualmente se utilizaron por los republicanos cañones antiaéreos rusos de 76,2 mm. y 14.500 metros de alcance y por las fuerzas sublevadas artillería de origen italiano, modelo Ansaldo de 105 mm. de calibre.

Acabada la guerra vino un duro período para los vencidos que optaron por permanecer en España. Las responsabilidades políticas se extendieron retrospectivamente hasta el 1 de octubre de 1934 y los tribunales regionales sometieron a depuración a los que de forma activa se habían opuesto al movimiento nacional.

La enseñanza universitaria y de las Escuelas Superiores se pusieron de nuevo en funcionamiento. En los pasillos de la Escuela de Veterinaria de la calle Embajadores se veían ahora estudiantes, algunos también ex combatientes, con sus camisas azules y boinas rojas. El Sindicato Español Universitario (S.E.U.) acogió en sus filas a todos los estudiantes españoles.

José María Santiago Luque intentó con el natural temor reanudar sus estudios de Veterinaria, pero sufre la animadversión—disculpable quizá en aquellos momentos—de sus antiguos compañeros. La viuda nos ha transcrito brevemente los incidentes que ocurrieron ante su deseo de terminar la carrera. «Superado el consiguiente proceso de depuración, en 1940 trató de reanudar sus estudios en la Escuela de Veterinaria de Madrid, pero la pasión política acumulada y potenciada por tres años de guerra se volcó, contra sus propósitos, en una abierta animosidad de los antiguos compañeros de carrera integrados entonces en el bando vencedor, quienes no sólo se opusieron a que se matriculase de nuevo en la Escuela, sino que llegaron a la agresión física; afortunadamente, todavía había entre aquéllos algún buen amigo y compañero, como Juan Llinás, que pudo hurtar a José María Santiago de los efectos imprevisiblemente graves de la hostilidad de los otros» (8). Todavía había

de durarle tiempo esta situación que le colocaba como marginado, si bien seríamos injustos al no decir que otras muchas personas, gran parte de ellos veterinarios, le brindaron también su protección y amistad. Un antiguo jefe del S.E.U. me hablaba, hace años, de que Luque, pese a ser un compañero de ideas antagónicas a las de la Falange, les merecía el máximo respeto por su espíritu soñador, inteligencia y firmes convicciones políticas de las que nunca renegó.

En espera de una oportunidad más propicia decide entonces Luque iniciar la carrera de Medicina, que cursa en sólo cuatro años, de 1940 a 1944, con notas brillantes, en la Facultad de Madrid. Se cuenta de esa época una anécdota sumamente expresiva de su personalidad. Al examinarse brillantemente de una asignatura eran tantos sus conocimientos en la materia, en comparación con el resto de los alumnos, que el profesor, sorprendido, dicen que le preguntó: «¿A qué se debe que domine usted tanto esta materia?» A lo que Luque, no sabiendo qué contestar, replicó confuso: «Es que soy hijo de veterinario».

En esos años durísimos de la posguerra—y mucho más para él—, con objeto de poder sufragar los gastos personales y de los estudios, se ocupó en el ejercicio de dar clases particulares de muy diversas materias, principalmente de idiomas. Los estudios de Medicina le sirvieron para dar cauce a su vocación científica e inclinaciones humanistas. Era Luque hombre de unas cualidades intelectuales y de una preparación bien singulares. El estudio de su biografía, por muy sucinta que sea, pone de relieve una fuerte personalidad y una vida de lucha y entrega que le permitió en sólo 47 años trazar un programa apretado de actividades en diferentes campos, no sólo en su profesión, sino también en otras ramas culturales. «En efecto—nos decía su familia—, su inquietud por profundizar en el conocimiento del hombre y sus logros, paralela a la que sentía por adentrarse en el de la Naturaleza, viva o inerte, de su entorno, le llevó a bucear en los más dispares temas y disciplinas y hasta a irrumpir con breves ensayos—inéditos—en el campo de algunos de ellos, como los de la educación, la música, la poesía y hasta la religión. Bien dotado naturalmente para las actividades de creación artística, cultivó especialmente dos: el dibujo—que, además le serviría de poderoso instrumento auxiliar para su quehacer docente—y la

música» (9). A título de ejemplo diremos que una obra suya de este último carácter, referente al arreglo y armonización de dos villancicos populares españoles, fue interpretada en concierto en el Ateneo de Madrid y posteriormente grabada en disco por la firma Columbia.

A partir de su finalización de los estudios de Medicina se abre un segundo período de su vida de dedicación exclusivamente veterinaria, como habían sido su vocación y deseos iniciales. Ya sin oposición reanuda en 1945 los estudios de Veterinaria en la Escuela de Madrid, que simultanea con el trabajo de investigación en el Instituto de Biología Animal. En 1946 obtiene una beca de la Dirección General de Ganadería para la Sección de Patología del Instituto de Biología Animal, dotada con mil pesetas mensuales. Al año siguiente termina la carrera y se diploma en Estudios Superiores de Veterinaria con su trabajo de tesis sobre «La resistencia antihemolítica *in vitro* de los hematíes en la especie ovina», aparecido en un número especial de *Ciencia Veterinaria*.

Antes de finalizar los estudios y en los años posteriores, actúa como ayudante de prácticas en la Facultad de Veterinaria de Madrid de Anatomía Topográfica y Descriptiva, desde 1946 al 1950, así como de profesor auxiliar interino de Farmacología y Terapéutica de la misma Facultad.

En 1948 Luque obtiene otra beca del Consejo General de Colegios Veterinarios para el Instituto de Investigaciones Veterinarias de la Universidad de Madrid y al año siguiente realiza los exámenes de la Licenciatura.

A nuestro juicio, lo más destacable de este compañero fue su sentido de aprovechamiento del tiempo que el destino le había limitado. Luque no desperdició un minuto de su vida como si hubiera sentido su muerte prematura a la que la «Dama del Alba» dio una tregua desde aquel día de 1936 en que una bala le hirió gravemente en el ojo derecho. Luque fue en esto y en otras muchas cosas un hombre precoz dotado de una base de autodidacta que le permitió abarcar, como hemos dicho, campos múltiples, a los que se entregaba lleno de entusiasmo. La guerra, que para casi todos los españoles que la vivieron significó un cambio en sus vidas, no fue diferente para este veterinario que se sobrepuso a su condición de vencido y se decidió desde el principio a participar activamente en la vida española con una gran esperanza en sí mismo y en el reconocimiento que

habría de darse, con el tiempo, a su espíritu noble y esforzado.

El 3 de agosto de 1951 lograba una de sus mayores aspiraciones, y la lograba por méritos propios, al obtener el título de la cátedra de «Patología General y Propedéutica y enfermedades esporádicas» que pasó a explicar en la Facultad de Veterinaria de Zaragoza. La amplia cultura media de este profesor de treinta y cuatro años, le facilita su dedicación a la enseñanza como catedrático titular de su asignatura y encargado de Curso de 1951 a 1963 de Histología y Anatomía Patológica en la misma Facultad de Zaragoza. Es ahora cuando comienza su tarea de seminarios, coloquios, cursos monográficos de doctorado y para extranjeros. Así, explica para el doctorado «Patología de la nutrición» (1951-1963) y la «Esterilidad de los animales domésticos» (1952-53 y 1960-61), en tanto que por el verano solía acudir en estas mismas fechas a los cursos de la Facultad de Verano de Jaca y Pamplona. Todos los años dedicaba el mes de noviembre a explicar diferentes temas con los que iniciaba a sus alumnos y a los veterinarios posgraduados acerca de las enfermedades esporádicas de las especies domésticas, nutrición animal, la inseminación artificial, etc.

Su salida al extranjero tiene lugar en 1954, en que es pensionado por la Dirección General de Estudios Universitarios para visitar las Escuelas Veterinarias de Francia, Bélgica, Holanda, Alemania Occidental, Suiza y norte de Italia, experiencia interesante para la que le capacitaba su conocimiento de idiomas. Esta facilidad, que tuvo desde joven, hizo que tradujera para las editoriales Labor y Acribia libros del alemán y del inglés.

Como profesor, Santiago Luque estaba dotado de unas cualidades pedagógicas envidiables. El alumno podía estar seguro de que la conjunción de la teoría y de la práctica le librarían de ídolos mentales memorísticos que la mayoría de las veces terminaban perdiéndose. Su amplia cultura y facilidad de exposición hacía, como ha escrito el profesor Sánchez Franco, que fuera un «maestro incomparable; tenía el don de la claridad y cualquier explicación suya era una lección magistral» (10).

Exponente de su labor pedagógica fueron las seis tesis doctorales que dirigió, aparte de las numerosas publicaciones originales y traduccio-

nes. Entre sus publicaciones de carácter didáctico figuran tres libros sobre patología clínica y fisiopatología general que fueron publicados en 1960 por la Biblioteca de Biología Aplicada y de los que llegaron a hacerse segundas ediciones. En ellos destaca la precisión y claridad de ideas, unido a un lenguaje científico fluido y elegante. En el prólogo de *Patología clínica veterinaria* el autor alude a su intención de escribir una obra moderna y práctica para el profesional que sirviera también al estudiante de veterinaria. Para que la obra cumpliera su cometido de servicio profesional, el autor y los editores cuidaron de que su precio fuera económicamente asequible a los interesados. Es también conocida su faceta de traductor de los capítulos de Medicina de la Enciclopedia Salvat de la Ciencia y de la Tecnología. Cuando en el panorama veterinario eran escasas las traducciones, salvo las llevadas a cabo por P. Farreras, Luque nos tradujo el libro de técnicas operatorias de Berge y Westhues, el notable libro de Salisbury sobre reproducción e inseminación, el manual práctico de análisis de leche de F. Schenberr y el de las enfermedades de las aves de Fritzsche y Gerriets.

De no haber desaparecido tan joven, es muy posible que hubiera creado escuela y habría descollado, como se esperaba, en el campo de la investigación, para el que estaba tan bien dotado. En definitiva, fue Luque un profesor justo y exigente, entusiasta de su labor y capaz de atraer y fijar la atención de sus alumnos que le querían y respetaban.

«Fue la suya—nos decía su esposa—una vida fecundamente consagrada a la capacitación de sucesivas generaciones de profesionales de la veterinaria.» Pero Luque tenía concertada una cita inexorable con la muerte aquel día 12 de septiembre de 1964, en que al regreso de un viaje informativo por los territorios españoles del Golfo de Guinea contrajo una rápida y virulenta enfermedad que le llevó al sepulcro.

Al evocar ahora su figura nos parece verle de pie con sus gafas ahumadas y su gesto característico hablando en clase a los alumnos. Y yo, que no le conocí ni tuve la satisfacción ni el orgullo de contarme entre sus alumnos, he querido, con el recuerdo, dar otra vez vida a este maestro tan querido de la profesión veterinaria española, que vio cumplido, una vez más, en su persona el fatal destino que hizo malograrse a sus

mejores hombres. Por eso quiero terminar diciendo que el tiempo, que todo lo mata, hará desaparecer a sus amigos y discípulos que le admiraron, pero sus libros y trabajos quedarán como una muestra de una época y de lo que significó el esfuerzo de un hombre con los días contados.

Además todos hemos de brindarle nuestro mayor respeto porque José María Santiago Luque por su empeño idealista fue posiblemente el único caso en nuestra guerra civil de un mutilado que terminó siendo jefe de un Grupo de Topografía y Artillería.

NOTAS

- (1) Confróntese nuestro libro *Hermilio Alcalde del Río. Una Escuela de Prehistoria en Santander*. Patronato de las Cuevas Prehistóricas. Santander, 1972.
- (2) SANTIAGO ENRÍQUEZ, C. (1913): «La ganadería montañesa y los concursos pecuarios de Santander», *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 3 (9): 533-575.
- (3) En la *Nueva Guía de Santander y la Montaña* de 1892 figura ya la calle del Sol dentro de la 4.ª División Municipal de la ciudad con un alcalde de barrio.
- (4) Para conocer la historia de este célebre Instituto y la calidad de aquellos catedráticos humanistas, véase nuestro libro *El Instituto de Santander. Estudio y documentos*, Institución Cultural de Cantabria, Diputación Provincial, Santander, 1971. Confróntese las págs. 101-102, donde figura la reseña biográfica de José M.ª Santiago Luque realizada por el profesor Angel Sánchez Franco.
- (5) Véanse sus declaraciones en la semblanza del profesor Abelardo Gallego en el primer tomo de *Semblanzas Veterinarias*, edic. Laborat. SYVA, León, 1973, pág. 238.
- (6) Comunicación escrita del presidente del Colegio Oficial de Baleares, don Juan Llinás Carbonell (noviembre 1974), muerto después en accidente.
- (7) Comunicación escrita de doña Elena Somolinos, viuda de Santiago Luque. Madrid, octubre de 1974.
- (8) Comunicación escrita.
- (9) Notas biográficas familiares. Comunicación escrita, 1974.
- (10) SÁNCHEZ FRANCO, A. (1971): «José María Santiago Luque», en *El Instituto de Santander*, de B. MADARIAGA y CELIA VALBUENA, Santander, pág. 102.

Índice General

	<i>Págs.</i>
<i>Prólogo</i>	7
FRANCISCO GARCIA CABERO, por Carlos Ruiz Martínez	11
NICOLAS CASAS DE MENDOZA, por Luis Bascuñán Herrera	35
JUAN MORCILLO Y OLALLA, por C. Sanz Egaña y C. Ruiz Martínez	49
JUAN ARDERIUS Y BANJOL, por Arturo Soldevila Felú	85
JAVIER PRADO RODRIGUEZ «LAMEIRO», por P. Iglesia Hernández	93
JUAN TELLEZ Y LOPEZ, por J. Rof Codina	111
JOSE FARRERAS SAMPERA, por Benito Madariaga de la Campa	113
TOMAS RODRIGUEZ GONZALEZ, por Miguel Cordero del Campillo y Francis- co A. Rojo Vázquez	115
NICETO JOSE GARCIA ARMENDARITZ, por Laureano Saiz Moreno	123
FELIX GORDON ORDAS, por Félix Carretero Orrasco	139
NICOSTRATO VELA ESTEBAN, por Carlos Ruiz Martínez	151
JUAN SANCHEZ-CARO Y VAZQUEZ, por Benito Madariaga de la Campa	181
CRESCENCIANO ARROYO Y MARTIN, por Carlos Ruiz Martínez	189
MIGUEL SAENZ DE PIPAON Y GONZALEZ DE SAN PEDRO, por Carlos Ruiz Martínez	231
RAFAEL GONZALEZ ALVAREZ, por Miguel Cordero del Campillo	271
TOMAS COTANO E IBARRA, por Luis Zubiaur Medina	297
SALVADOR VICENTE DE LA TORRE GONZALEZ, por Carlos Ruiz Martínez	305
JOSE MARIA DE SANTIAGO Y LUQUE, por Benito Madariaga de la Campa	347

